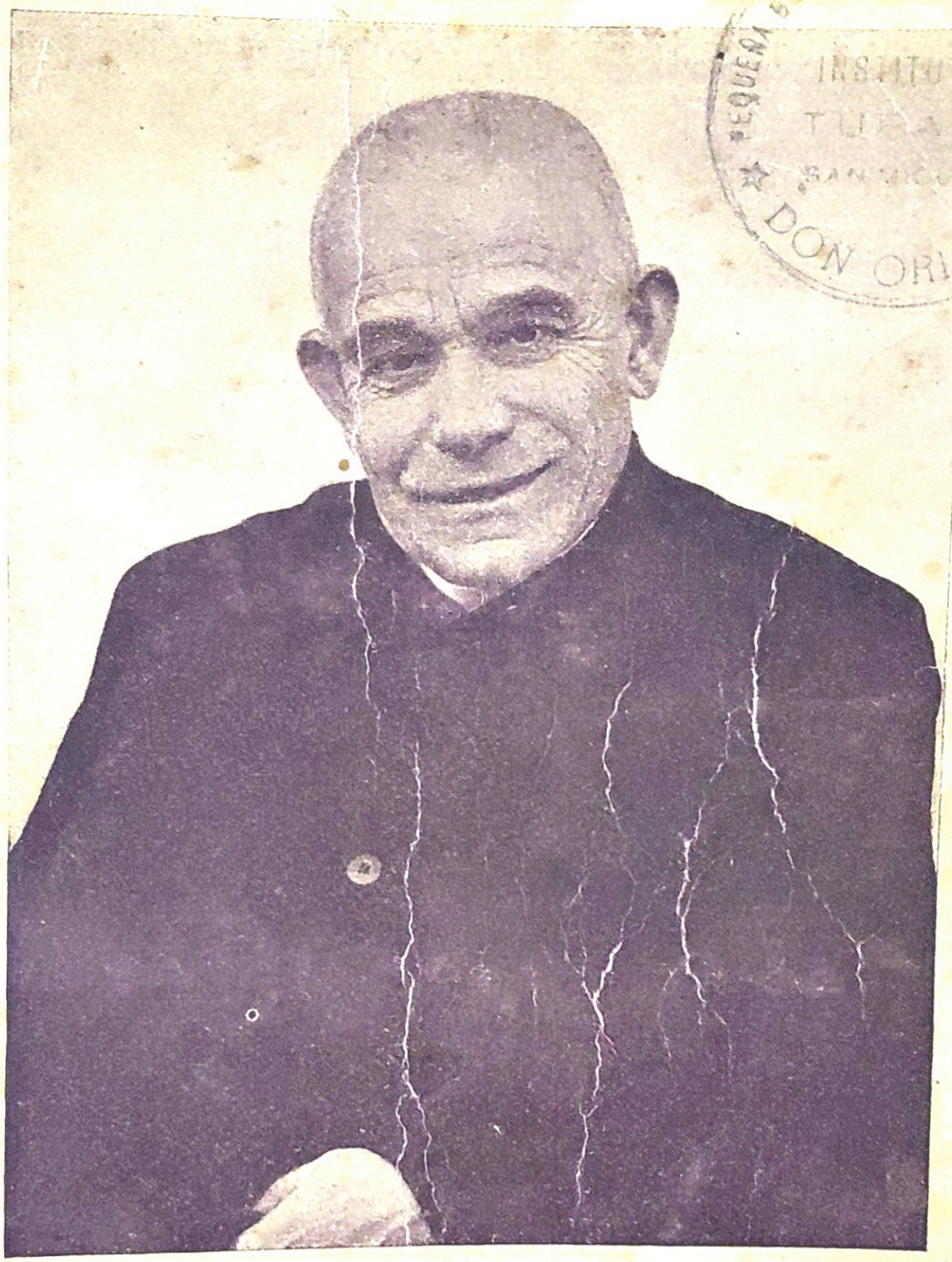
FD

PEQUEÑA OBRA DE LA DIVINA PROVIDENCIA
INSTITUTO
TUR
SAN MIGUEL
DON ORIONE



DON LUIS ORIONE

soldado de la Caridad

Hno Jorge D. Silanes FDP
— OBRA DON ORIONE —.

PEQUEÑA CASA DE LA DIVINA PROVIDENCIA
INSTITUTO
TUPASI
SAN MIGUEL
DON ORIONE

EL SOLDADO DE LA CARIDAD

DANIEL JORGE LIPORACE

EL SOLDADO DE LA CARIDAD

INSTITUTO TUPASI SAN MIGUEL

BUENOS AIRES
ESCUELAS GRAFICAS DEL COLEGIO PIO IX
Avda. Bs. As. 4030
1941

NIHIL OBSTAT.

PBRO. CARLOS V. SCANDROGLIO, S. S.

Censor

PUEDE IMPRIMIRSE.

† ANTONIO ROCCA

Obispo de Augusta y Vic. General

Buenos Aires, 20 de mayo de 1941.

ES PROPIEDAD

SU SANTIDAD PIO X

Gloriosamente reinante

"Colmemos de caridad y de paz los surcos que dividen."

Don Orione

PROTESTA

Obedeciendo a los decretos de Su Santidad Urbano VIII, declaro que los títulos y los hechos que se refieren en este libro, no tienen otra autoridad que la humana, y me remito en todo, absolutamente, a los dictámenes de la Santa Iglesia.

EL AUTOR

AVISO IMPORTANTE

Aparte de los sentimientos espirituales que me guían al escribir este libro, hago presente a todos los lectores que el producto de su venta SERA UNICA Y EXCLUSIVAMENTE a beneficio de los pobres y enfermos asilados en el Cottolengo de Don Orione. Por lo tanto, el dinero no pasará por las manos de su autor; su venta se realizará por intermedio de librerías religiosas e instituciones que se presten a ello.

EL AUTOR

A mis queridos padres y hermanos

Al Rvmo. P. Superior de la O. D. P. y primer sucesor de Don Orione, Don Carlos Sterpi

---

Al Rvmo. P. Superior en la Argentina, Don José Zanocchi

A los Muy Reverendos Padres, Hermanos y Ermitaños de la O. D. P.

A las Misioneras de la Caridad de O. D. P.

A los pobres y enfermos asilados en el "Cottolengo Argentino"

DEDICO ESTE LIBRO.

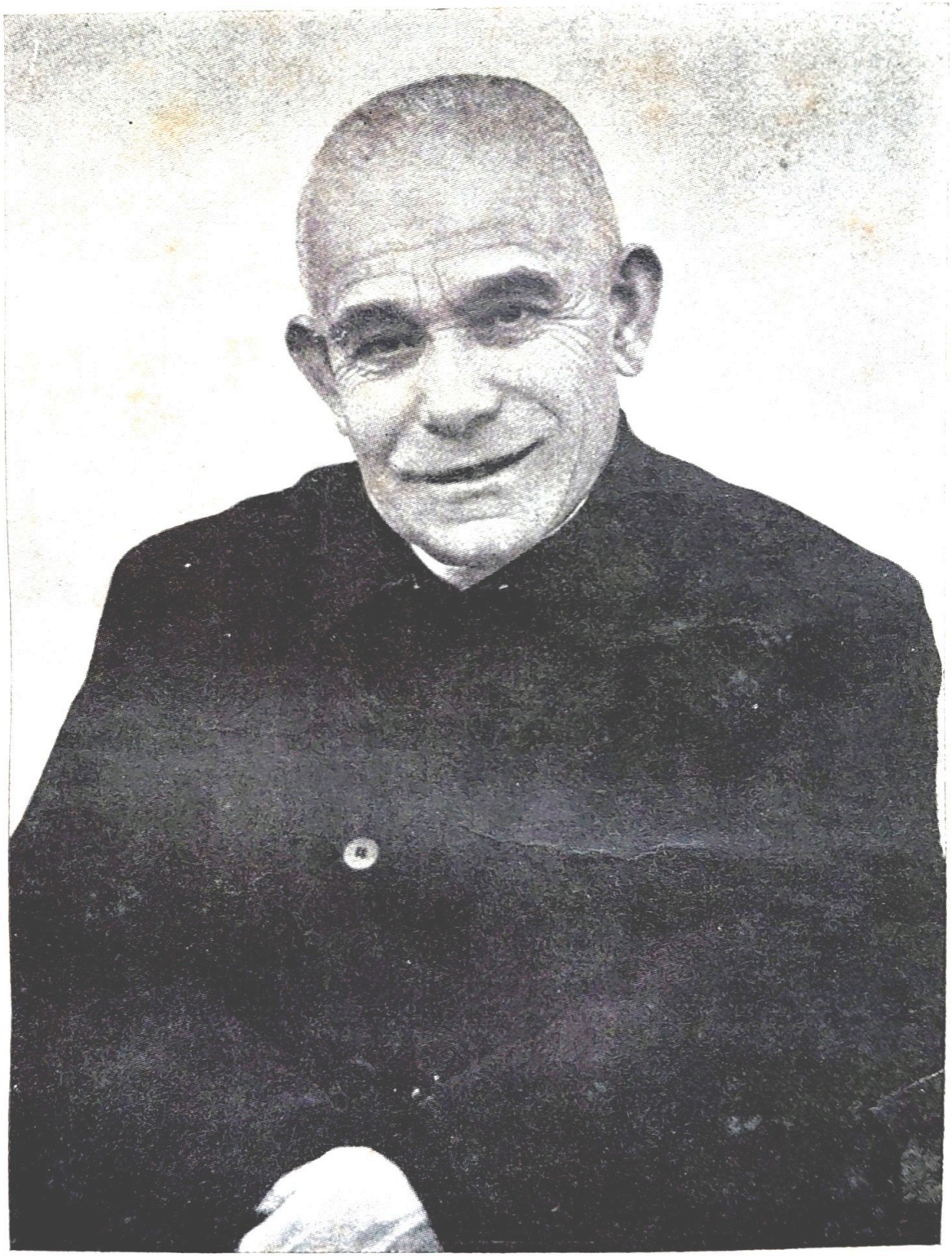
D. J. LIPORACE

NOTA

Agradezco de todo corazón a los distinguidos Doctores: **Ramón Melgar** y **Ricardo Martelli Jáuregui,** las circunstancias favorables que me prodigaron para escribir este libro; como también al **Rvdo. Padre Emilio Scrosati** y **Rvdo. Padre Carlos Scandroglio,** quienes con santo espíritu de amor y caridad me han alentado a realizar este trabajo.

D. J. L.

EL SOLDADO DE LA CARIDAD



DON LUIS ORIONE

Fundador de la Pequeña Obra de la Divina Providencia
y del "Pequeño Cottolengo Argentino"
TORTONA (Alessandria)

n. Pontecurone 23-VI-1872 m. San Remo 12-III-1940

PROLOGO

Estimados lectores:

Antes que vuestra vista recorra las páginas de este librito, deseo hablaros con la franqueza de un leal amigo.

¿Por qué escribo este libro? ¿Qué fin persigo con ello?

Serán dos preguntas que tenéis sobrado motivo para formular, y yo, con el mayor placer, me adelantaré a satisfacer tan justa curiosidad.

Escuchadme:

Veinticuatro horas habían transcurrido desde que, allá en San Remo (Italia), dejaba de existir un hombre cuya vida se había consumido enteramente dedicada a la caridad.

Ese hombre era el sacerdote Don Luis Orione, a quien yo me había visto ligado por designios de la Providencia, compartiendo algunos de los días de su preclara vida.

Veinticuatro horas habían pasado, digo, de aquel trascendental instante, cuando recibo la visita de mi madre, quien me da la triste nueva: "Ha muerto Don Orione". Bajé mi cabeza, como oprimido por un peso, superior a cuanto pudiera soportar. Mis ojos se humedecieron en lágrimas, y mi espíritu se elevó al Cielo, buscándolo allá.

Un recuerdo vino súbitamente a mi memoria: Me anunciaba un día mi madre la existencia de aquel benemérito sacerdote, y por este día, mi madre viene a anunciarme la desaparición del que fuera mi más grande amigo y bienhechor.

Algunas horas después de haber conocido tan infausta noticia, sentado sobre mi cama, pensando en las gracias y bondades que este santo hombre habíame dispensado, advertí que en mi alma se abría un surco de inconmensurable dolor y un deseo de infinita gratitud. Dentro de mi mente sostuve un soliloquio.

¡Cuán bueno has sido conmigo, oh Don Orione! ¡Cuántos favores me has dispensado! ¡Cuántas penas me quitaste! ¡Cuántos sinsabores ahorrados! ¡Con cuántas luces me recreaste! Y yo no he correspondido, con nada te he pagado, más que con ingratitud.

Mi conciencia se subleva ante tanta injusticia de mi parte. ¡Quiero hacer algo por ti, algo por tu obra, por pequeño e insignificante que sea, hasta tanto Dios me dé gracia y fuerzas suficientes para hacer algo de más valor!

A esta altura de mi pensamiento había llegado, cuando sentí en mi corazón el deseo ardiente de relatar la parte de su vida que había tenido relación con la mía, directa o indirectamente.

No titubeé un instante; me armé de papel y pluma, y comencé este para mí dulce trabajo, cuyo fin, tal cual lo inspiró mi corazón, es dar mayor gloria a Dios, al proclamar en voz alta, las excelsas virtudes de quien fuera su dignísimo ministro en la tierra, el Rvmo. Don Orione. Creyendo que con tal fin contribuiré también, en forma pequeña y humilde, a la causa del "Soldado de la Caridad".

Este pequeño grano de arena se sumará al de otros, incomparablemente mayores, y quedarán plenamente satisfechas las ansias de mi espíritu.

Ninguna ambición tengo de adornar esta obrita con flores literarias, pues reconozco que nulas son mis condiciones en tal sentido, y por otra parte, muy escasos mis conocimientos. (1)

Tened, pues, amigos lectores, la mayor benevolencia para disculpar mis errores de forma, y quien haya conocido de cerca a tan santo varón, sabrá valorar el esfuerzo que importa este humilde libro, y el pequeño sacrificio que bien merece aquel que se desfibró en beneficio material y espiritual de los demás con tanta caridad.

EL AUTOR

(1) Sólo pretendo exponer la verdad histórica y documentada.

A Ti, Don Orione

A ti, Padre amoroso:

Sol de la caridad, tu obra es la llama esplendente que aclara e ilumina el sentir de la realidad de esta triste vida; es la luz que disipa todas las sombras y tinieblas de la miseria y el dolor.

Fué tu vida el ejemplo de los humildes, el consuelo de los desamparados, el puntal de los fracasados.

Fuiste como océano terso y cristalino, como los Alpes majestuosos, cargados de esmeraldo verdor; como el espejo clarísimo donde brillan con maravilloso fulgor las infinitas perfecciones de la inconmensurable bondad y caridad del Divino Maestro.

Tú siempre fuiste la esperanza.

Fué tu corazón el abismo profundo donde atrajiste con el vértigo de tu amor a los pobres y enfermos, lisiados y viciosos.

Hoy, que has cerrado tus ojos a las miserias de esta vida, después de haber contemplado con ellos, los desasosiegos de las almas, los enfermos desvalidos y los semblantes angustiados de los hambrientos y harapientos; te ofrendo, seguro que ya no ofenderé tu severa y augusta humildad, esta sencilla expresión de mi recuerdo por ti; expresión que se convierte en manifestación de gratitud, al recordar en ti, la sublime bondad que tuviste para conmigo, al extenderme tu mano para apartarme del camino triste y dolorido.

Tu corazón, tabernáculo de los secretos dolores de las almas, radiante de fuego de amor y caridad, ha dejado de latir.

Sobre él recostaste mi cabeza y la de todos aquellos afligidos y desesperados, haciéndoles sentir el fuerte ritmo de sus latidos, símbolo de tu amor para con el prójimo.

Quien sobre tu pecho haya recostado sus sienes, habrá sentido el alivio del peso de sus penas.

Tus manos, armas de tu triunfo, descansan hoy estrechando a Cristo, por cuyo amor las extendiste a los caídos físicos y morales, sin distinción de credos, razas ni naciones.

Fiel apóstol del sermón de la montaña.

Ha llegado la hora de tu gloria, la hora en que el fuego de amor divino que encendiste en las almas esparcidas por el mundo, arda en amor también hacia ti, su padre, cuyo recuerdo jamás se extinguirá.

Bienaventurado Don Orione. Tuyo debe ser el reino de los cielos.

Fuiste pobre y humilde en este mundo; las palabras del Señor se cumplirán.

« Bienaventurados los pobres y humildes, porque de ellos es el reino de los cielos... »

Jefe y soldado de una legión de apóstoles, traspusiste fronteras, cruzaste los mares, conquistando con tus miradas y obras colmadas de amor las almas para Dios.

« ¡Almas y almas! » Fué tu grito de combate, el toque de clarín que congrega todas tus legiones, para hacerlas marchar por el mundo con las armas que tú les entregaste: ¡Amor y Caridad!

¿Quién pudo dejar de abrazar tu bandera? ¿Quién pudo resistirse a sus empujes?

Los caracteres que grabaste en ella, fueron tus ejemplos; y ellos conservarán su fulgor resplandeciente, como el pulido diamante, engarzados para siempre en la joya incomparable de la Santa Iglesia Católica.

Inspiraste tu obra en San José Benito Cottolengo, y resultaste el más aprovechado discípulo que conocieron los tiempos actuales. Nada para ti fué imposible. Murallas de dificultades se opusieron a tus obras, y tu mente, inspirada por Dios, sabía que la Divina Providencia todo lo provee.

¡Cuántas veces se oyó de tus labios exclamar: «Confiemos en la Divina Providencia»!

Y con estas palabras y esa fe, te lanzaste a la conquista de las almas, abriendo las puertas de tu primer colegio, construído sobre la piedra fundamental de tu amor y caridad, magno edificio, que poco a poco llegaría a quedar consolidado para siempre, encaminado a servir de luz para los ciegos de la fe, y de santo albergue para los necesitados, enfermos y abandonados.

Lleguen hoy y siempre a las excelsas alturas y esplendores de tu gloria, los cánticos y alabanzas de las almas por ti bendecidas, de los enfermos por ti socorridos, de los abandonados por ti recogidos, de los tristes por ti consolados.

Lleguen a ti, las más cumplidas acciones de gracias de todos los hijos por ti ayudados.

Lleguen también a tu amoroso corazón de Padre las súplicas de quienes, subyugados por tus admirables ejemplos, ansían alistarse en tus filas, para seguir acrecentando las conquistas de la Iglesia Santa, las conquistas de Dios.

Lleguen también a ti, los clamores de cuantos sufren, y escúchalos, Padre amoroso. Bendice desde el Cielo todas tus obras, y asístelos, para que ellas sigan siendo un elocuente testimonio de la infinita misericordia de Dios.

Y cuando tantas voces, clamor amoroso de las almas, lleguen a ti, intercede por nosotros y haz que descienda al mundo necesitado, el efluvio de toda gracia y bendición.

Querido Don Orione: Tú dijiste que considerabas a la Argentina tu segunda patria

Bendice nuestras familias, bendice nuestra Patria.

Pero las manos y los brazos de la Divina Providencia sois vosotros, oh óptimos y generosos bienhechores. Dios suscita almas caritativas, que, con su limosna, alcanzan el pan de cada día a los pobres del "Cottolengo", y Dios les promete, a su vez, agradecido, *el ciento por uno en esta vida y la gloria eterna en la otra*. Esto es el "*Cottolengo*".

Don Orione

Síntesis biográfica

El Rvmo. Padre Don Luis Orione, Fundador y primer Superior General de la "Pequeña Obra de la Divina Providencia", nació de humildísima familia obrera en Pontecurone, suburbio de Tortona, en la provincia de Alejandría (Italia), el día 23 de junio del año 1872.

Cursó sus primeros estudios en su pueblo, y de allí pasó al noviciado franciscano de Voghera.

La Divina Providencia quiso que debiese abandonar esa santa casa, a consecuencia de una grave enfermedad. Algún tiempo después, ingresó en el oratorio de Don Bosco, en Turín, en calidad de estudiante. Bajo la dirección del mismo Don Bosco, maduró su vocación. No ingresó, sin embargo, en la congregación salesiana, ya que, por insinuación de Don Bosco e iluminación divina, comprendió que no debía ser salesiano.

Entró en el seminario diocesano de Tortona, donde completó sus estudios. Siendo aún seminarista, funda un oratorio para niños, en el mismo jardín del obispado, al igual que los oratorios festivos de Don Bosco.

Algo más tarde, a los veintiún años de edad, abre su primer colegio, con internado para niños pobres.

A los veintitrés años, el día 13 de abril del año 1895, fué ordenado sacerdote.

Dirá su biografía, hecha por sus hijos más allegados, los múltiples heroicos sacrificios, realizados durante aquellos años de su vida, en los cuales, con la oración, con el trabajo intenso, en la extrema pobreza y con los sufrimientos más increíbles

echa los cimientos inconmovibles de la "Congregación de la Pequeña Obra de la Divina Providencia".

Llegó por vez primera a la Argentina el 6 de febrero de 1922, día de la erección de Pío XI al Solio Pontificio, permaneciendo hasta el 25 de mayo del mismo año. Fué entonces cuando abrió la primera casa de su Congregación en nuestro país, en Victoria, F. C. C. A. (Pcia. de Bs. As.).

Volvió nuevamente a la Argentina, en oportunidad del XXXII Congreso Eucarístico Internacional, en octubre de 1934, siendo compañero de viaje del entonces Cardenal Pacelli, hoy S. S. Pío XII.

Permaneció en la República Argentina hasta el 6 de agosto de 1937.

Resultó su estada de inmenso fruto; levantó en Claypole, F. C. S., una de sus más grandes obras para los menesterosos, llamada el "Pequeño Cottolengo Argentino", y fundó un "oratorio parroquial" en el Tigre.

En San Fernando abrió el nuevo Colegio "San Martín de Tours" y realizó una obra subsidiaria del "Cottolengo" en Avellaneda.

Realizó otra obra religiosa de beneficencia en el Chaco; aceptó la atención del Santuario de la Virgen de Itatí en Corrientes y la Escuela Gratuita "Obispo Juan A. Boneo" que funciona en Rosario, con un promedio de quinientos alumnos.

En el extranjero realizó obras similares, instalándolas en Palestina, Polonia, Inglaterra, Albania, Norte América, Brasil, Uruguay y en la isla de Rodas.

Falleció el 12 de marzo de 1940, en San Remo (Liguria, Italia), a consecuencia de un ataque cardíaco.

Sus últimas palabras fueron: "¡Jesús, Jesús, Je... súsl..."

I

Don Orione y la Caridad

Más vale perderlo todo, antes que perder la caridad.

Don Orione

Así como el círculo es la figura geométrica en la cual pueden inscribirse todas las demás figuras, así también la caridad fué para Don Orione la figura que circunscribió todos sus actos pletóricos de amor y de beneficencia para con el prójimo.

Lo comprendió desde los años de su adolescencia, cuando aún era clérigo, al meditar, tal vez, el mensaje que Cristo diera a sus Apóstoles en el ternísimo coloquio de la última cena, mensaje sellado con su ejemplo divino en el escenario del Gólgota. ¡Cuán grande es el amor y cuánto importa amar a nuestros semejantes!

Así se explica cómo este hombre extraordinario, transformado en Apóstol, pensara que estos sentimientos debían fructificar en el corazón del hombre, y, para conseguirlo, era preciso introducir el germen en el alma del niño.

Y fué entonces que, siendo aún clérigo, luchando contra todas las dificultades, y en forma casi milagrosa, logra fundar el primer colegio, en su propia ciudad natal, Tortona, donde da albergue a los niños, que, lejos de la educación sana del hogar, iban minando sus tiernos corazones con el virus de la inmoralidad que recogían en el lodazal callejero.

Allí comenzó su verdadera obra. En ese colegio, que fundara sobre el mismo sistema educativo de los oratorios festivos de Don Bosco, descubría Don Orione su alma de apóstol y asceta.

Esta primera obra, sirvió para acrecentar e inflamar aún más en el corazón de Don Orione el amor por la juventud.

Todas sus obras exteriores, fueron siempre informadas por la caridad; pues para él, de otro modo, no tuvieran valor alguno.

Todo, absolutamente todo, por pequeño y despreciable que fuese, Don Orione lo hacía fructífero y santo, por su espíritu de caridad.

El amor que ponía en todas las cosas valía ciertamente mucho más que ellas mismas, porque, con clara intuición espiritual, sabía perfectamente que quien mucho ama, mucho hace, y es el amor poderosa fuerza motriz, generadora de energía para toda obra grande y perdurable en beneficio del prójimo.

Jamás esperó recompensa alguna de los hombres, por sus fatigas pasadas; si alguna necesidad le urgía, levantaba sus ojos al cielo, y como en un éxtasis de fe y esperanza, exclamaba: "Confiemos en la Divina Providencia".

En nada se buscó a sí mismo, sino en todo sólo anhelaba la gloria de Dios, la salvación de las almas y el socorro de sus semejantes.

"Más vale perderlo todo, antes que perder la caridad", exclamaba a sus discípulos, y sus palabras, siempre envueltas en aroma de virtud encantadora, eran el fiel reflejo de sus obras.

Si alguien llamaba a sus puertas, se abrían ellas de par en par, y sin preguntar siquiera el nombre de quien acudía a él, extendía su mano generosa, y socorría al que solicitaba su ayuda, y aun en muchos casos ni siquiera era necesario pedírselo: el gran siervo de Dios comprendía las miserias humanas, se adelantaba, y con espontaneidad daba cuanto tenía. Y si alguien le observaba su pródiga limosna, considerando que ello impli-

caba exceso de caridad, respondía Don Orione con estas palabras: "Dios da el ciento por uno".

Vaya un hecho entre tantos. Cierto día, víspera de Navidad, presentóse en la casa de Don Orione un señor, solicitando hablar con él.

A los pocos minutos de llegado, Don Orione atendía a su visitante, quien, con el dolor reflejado en el semblante, pasó a relatar la triste situación en que se hallaba, como consecuencia de haber sido desalojado de su casa y no contar con recurso alguno para resolver la infortunada condición de toda su familia.

Don Orione no conocía al pobre que afligido recurría a él; sin embargo, como si una vieja amistad los ligara, comenzó a consolarlo, y acompañando las palabras con los hechos, introdujo la mano en el bolsillo de su sotana, y sacando de él cuanto dinero encontró, lo puso en las manos de su nuevo amigo, y con una dulce y amorosa salutación, "Va in pace", le dijo; "que Dios te bendiga."

Don Orione habíase quedado sin un céntimo, pero su alma de santo varón sabía valorizar la caridad como la moneda más valiosa del mundo. Recordaba que el amor a los hombres había sido la única razón para que el Eterno Padre enviara a su unigénito Hijo para redimirlos muriendo crucificado. Don Orione lo pensaba constantemente, y cuanto hiciera por los demás, parecíale poco.

Mas, la Divina Providencia "salía a su encuentro", como él confesaba ingenuamente; y sucedió que, al día siguiente, o sea en la mañana de Navidad, Don Orione, después de celebrar el santo sacrificio de la misa, recibía la visita de una distinguida y piadosa dama de la sociedad, quien ponía en sus manos una elevada suma de dinero para sus Obras.

Obras como ésta las realizaba a diario, y no era preciso presentarse con títulos, ni con recomendaciones, pues, para él, nadie iba mejor recomendado que aquel que llevara en su semblan-

te las señales inequívocas del dolor o le mostrara el alma hundida en la tristeza de las miserias humanas, o mancillada por el barro del pecado.

¡Quién hubiera vivido siempre cerca de este santo varón!

Cuantos pasos daba, eran tantos escalones de ascensión hacia la meta de sus nobles aspiraciones.

La grave y dulce seriedad que adornaba su rostro, se transformaba con frecuencia en una sincera cariñosa sonrisa, constantemente pronta a manifestarse al primer afligido que encontrara a su paso o fuera a su encuentro.

Puede decirse que formaban parte de su espíritu de caridad, esas sonrisas humildes y llenas de amor con que halagaba el ánimo entristecido de cuantos se le acercaban para recoger un consuelo. Repetía a menudo que en este valle de lágrimas debemos ir sembrando alegría y amor; y era tan alegre su compañía, como consoladora su conversación. "Mi trato —decía— es un verdadero "Cottolengo moral".

En toda su personalidad se constataba la práctica hasta el heroísmo del "mandamiento del amor".

"Un mandamiento nuevo os doy, dijo Jesús: Que os améis los unos a los otros, como yo os he amado. Porque en eso conocerán todos que sois mis discípulos, si os amáis recíprocamente". — "Nadie tiene amor más grande que aquel que da su vida por sus amigos. Vosotros sois mis amigos, si hiciereis lo que yo os mando".

El "Cottolengo" trata de amparar a los desechos, a los más abandonados de la sociedad, y no pregunta a quien cruza su puerta si tiene un nombre, sino tan sólo si tiene un dolor, sin distinción de credo, raza o nacionalidad.

Don Orione

II

Cómo conocí al Rvmo. Don Orione

Mi amor es sencillo, pero ardentísimo; es puro y hasta luminoso, pues quiere ser, y yo siento que realmente es, por gracia de Dios, caridad de Dios.

Don Orione

Corrían los últimos días del mes de octubre de 1935. Mi vida se desenvolvía, a mi criterio, en aquel entonces, aparentemente tranquila, educándome en el seno de un hogar profundamente cristiano y edificado por las acendradas virtudes y sacrificios sin cuento de mis óptimos padres. Tanto ejemplo de virtudes llevados a la práctica, debían hacer de mí un fiel reflejo de cuanto significaba honradez y bondad.

Sin embargo, en el fondo de mi alma reinaba una turbación muy grande, y un desasosiego creciente, al que se unía una inexplicable dificultad para mantenerme incólume dentro de las luchas de la vida.

Cinco años habían pasado desde que interrumpí mi carrera. Este hecho me descorazonó, y si bien es cierto que recobraba por momentos mi voluntad de joven emprendedor, logró finalmente triunfar en mí la desidia y el deseo de "vivir para gozar".

Pero el ejemplo y consejos de mis padres, me sostenían, sin embargo, en una continua reflexión involuntaria.

En uno de esos últimos días del mes de octubre, regresaba a mi casa, para conversar con mi buena madre y recibir sus sabios consejos. Aquella tarde, mi madre tenía preparado para mí el obsequio más grande que pude recibir de ella en mi vida.

—¿Quieres conocer, —me dijo,— un sacerdote santo, lleno de bondad y caridad, en quien tú podrías confiar tal vez tu vida?

No dejé de ser curioso; interrogué a mi madre acerca de ciertos detalles relacionados con la veracidad de su afirmación, y le prometí ir a visitarlo.

Esa misma tarde resolví ir a verlo. Mi espíritu se hallaba bien dispuesto, y hasta podría decir que una fuerza interior me invitaba a no demorar la entrevista. Dios me llevaba de la mano.

Eran las 17 de aquella tarde, cuando llegaba a la casa que Don Orione tenía situada en la calle Carlos Pellegrini 1441.

Llamé. A los pocos segundos abría la puerta un clérigo de su Congregación.

—¿Aquí vive el Rvdo. Don Orione? — fué mi pregunta.

—Sí, joven, — me respondió; — pase, — acompañando con un delicado gesto, la invitación de sentarme en la sala de espera, mientras anunciara mi visita.

Temí que, no conociéndome, fuese difícil me recibiera, y dije entonces:

—Le hago presente, hermano, que Don Orione no me conoce...

—Don Orione igual lo va a atender, — me contestó.

Ante tal respuesta, quedé con la persuasión de que pocos minutos faltaban para conocer a quien ya había despertado en mí un extraño interés por verlo.

Durante los pocos instantes que permanecí en el "hall" de espera, parecióme respirar aroma de santidad, y que con mi espíritu me hallaba lejos... muy lejos del mundo que nos rodea.

El mismo clérigo que me había atendido interrumpió mis pensamientos, invitándome a pasar a una pequeña salita de recibo, amueblada con modestia y sobriedad.

Me senté en uno de los sillones, y fuí dejado solo, a la espera que Don Orione llegara. Mi vista recorría emocionada, de hito en hito, todo cuanto adornaba la sala. Una imagen del Sagrado Corazón de Jesús llamaba la atención a mi izquierda. Una mesita se hallaba frente y muy cerca de mí, y a sus costados, otros dos sillones.

Unos pesados pasos dejáronse oír desde la habitación contigua, a la izquierda. Mi corazón latía emocionado; la manija de la puerta giraba. Abrióse la puerta, y tras de ella apareció la veneranda figura de un anciano sacerdote.

Un profundo recogimiento se apoderó de mi espíritu; creí, no obstante mi deseo de reacción, de hallarme en presencia de un santo.

Me puse de pie; él se acercó a mí. En medio de mi primera turbación, impresionáronme sus negras y grandes cejas, sus blancos cabellos y sus grandes ojos. Una sonrisa traía en sus labios. Con ella me saludó. Me adelanté entonces y respetuosamente recibí la mano que me tendía y la besé. Presumía que era Don Orione; no obstante, le pregunté:

—¿Es Ud., Padre, Don Orione?

—Sí, caro amico, — me respondió. — Io sono tuo amico, —y me invitó con un gesto de ternura paternal a tomar asiento.

Yo me senté en el mismo lugar que había ocupado, y él en el sillón que tenía a mi izquierda. Un metro de distancia me separaba del Rvdo. Don Orione. Me adelanté a su conversación y le dije:

—Padre, mi madre, a quien Ud. conoce, me ha hablado del Rvdo. Don Orione, y he venido a pedirle su bendición y a rogarle encomiende mi vida a sus santas oraciones.

Los ojos de Don Orione, fijos en mí, parecían penetrar mi alma. Movió su cabeza con gesto de afirmación. Yo callé, a la espera de su palabra. Don Orione extendió su brazo hacia mi cabeza y me hizo con su dedo pulgar una cruz en la frente, acompañando este acto con una expresión en su rostro de dulzura indefinida.

—Querido amigo, — me dijo, interrumpiendo esos instantes de silencio, — ¿no te asustas de lo que te voy a decir? ¿Tú me entiendes como yo hablo?

—No, Padre, — le respondí, — dígame lo que Ud. desee, sea lo que sea, y háble me como lo hace, que yo le entiendo.

—Bien, amigo mío. Yo no sé quién eres, y ésta es la primera vez que vienes a verme. ¿No es cierto, amigo?

—Sí, Padre, — afirmé.

—Bueno, — me dijo. — Cuando yo he traspuesto esa puerta y te he visto aquí sentado, también he visto todo tu pasado y todo tu porvenir. Tú serás mi amigo. ¿Quieres venir conmigo a Italia?

¿Podría explicar yo, amigo lector, la impresión que causaron en mi alma estas palabras de tanto amor, de tanta penetración y de tanto sentido de caridad?

Ni un instante dudé que las pocas palabras que habían brotado de sus labios eran sinceras, y me dejaron el pleno convencimiento de que todas sus afirmaciones eran exactas; como lo fueron aquellas palabras del Divino Maestro, cuando, al ver por vez primera a Natanael, dijo: "He aquí un verdadero israelita, en quien no hay dolo", y ante la inquieta pregunta: "Y ¿cómo me conoces?", pudo responderle el Maestro: "Cuando estabas bajo la higuera te vi".

Todo lo que yo me atreví a responder, fué decirle:

—Sí, Padre, creo lo que Ud. me dice; pero ¿para qué me ofrece llevarme a Italia? ¿Para ser sacerdote?

—No, querido amigo, — me dijo, con extremada complacencia. — ¿Qué te gusta ser?

—Yo desearía estudiar una carrera liberal, — le dije.

—Bien, amigo mío; — tú irás conmigo y estudiarás lo que quieras.

Me parecía absurdo todo lo que oía. Era tan inexplicable para mí encontrar una mano redentora y tan magnánimo corazón, que, no obstante mi fe, tuve un momento de duda.

La primera entrevista parecíame ya larga; creí robarle demasiado tiempo, a un hombre cuya vida significaba mucho más que mis preocupaciones y sus factibles soluciones, y así, di término a aquel para mí extraño diálogo, levantándome y pidiéndole a Don Orione su bendición.

Don Orione me preguntó cómo me llamaba, y al responderle con mi nombre, me dijo:

—Caro Daniel, tú eres mi amigo. Desde hoy, todos los días de mi vida rogaré en la santa misa a Dios por ti, — y tomándome la mano, me acompañó hasta la capilla que tenía levantada en la sala contigua, y haciéndome arrodillar en las gradas del altar, me dió su bendición.

—Va in pace, —me dijo, y acompañándome hasta la puerta cancel, se despidió de mí con dulce sonrisa, diciéndome:

—Vuelve pronto, amigo mío.

—Sí, Padre, — le dije, y dejé esa santa casa, donde había quedado cimentada una amistad que tendría tanta influencia en mi vida, como para romper el oscuro velo que cubría mi alma, y dejarme ver el faro luminoso que habría de guiarme siempre, hasta hacerme hallar el puerto del cual yo justamente huía.

¿Cómo explicar la alegría que en aquellos momentos embargaba mi alma? ¿Cómo transcribir a mis estimados lectores,

las impresiones profundas recibidas en esa primera entrevista? Muchas ilusiones concibió mi mente, durante el trayecto de aquella casa al hogar de mis padres; pero confieso que ninguna sobrepasó lo que luego constituyó la realidad.

No voy a relatar todas las entrevistas que tuve el consuelo de realizar con ese santo varón, porque sería largo el hacerlo aunque constituirían un justo exponente de las heroicas virtudes que en él irradiaban constantemente. Sólo deseo dejar constancia del resultado de mi segunda visita, ya que de ella surgió la corroboración más exacta del sentido de sus primeras palabras: "Tú eres mi amigo".

Mi segunda entrevista

No dejé transcurrir muchos días para volver a Don Orione.

Una tarde que presentí hallarlo, decidí volver a su casa. Llegué a ella, e inmediatamente fuí anunciado. Confié que me recibiera, y así sucedió. Lo hallé como la vez primera, risueño, y lleno de ternura. Me hizo sentar, y me expresó su profunda satisfacción por la visita que le hacía, y en tal forma lo hizo, que me convenció de su humildad extrema y la consideración por el prójimo llevada al límite de la virtud humana.

Tomó luego una expresión delicadamente seria, y asiéndome una mano, me dijo:

—Querido amigo: en tu primera visita quise hablarte con más franqueza, pero temí te ofendieras, y no volvieras más. Doy gracias a Dios porque tú has vuelto. ¿Me permites que te diga una cosa por tu bien?

—Sí, Padre, dígame cualquier cosa; yo recibiré su palabra con entera fe.

—Bien, amigo mío; tú te hallas enfermo. Tú necesitas curarte, y después que hayas hecho esto, la luz y la calma rena-

cerán en tu alma, y yo te aseguro que darás entonces a tus padres grandes satisfacciones.

No me atreví a responder a estas palabras. ¿Quién era ese hombre, que con tanta seguridad hablaba así, sin conocerme ni tener referencias de mi vida? Hubiese deseado hablar en tal momento, pues sentí herido mi orgullo, y pasó por mi imaginación el deseo de pedir una explicación de esas, a mi parecer, aventuradas palabras. Pero callé, callé ante el respeto que me infundía su sola mirada, y ante algo de intuición que me decía que todo era tal cual me lo anunciaba.

Don Orione vió reflejado en mi rostro ese combate interno de mi alma y se apresuró a calmarlo. Hablándome con amor, me decía:

—No te ofendas, amigo mío; la prudencia te aconseja que veas un médico, para que te dé su parecer. Luego, vuélveme a ver, y hablaremos de tu vida, y todo lo que yo pueda hacer por ti, lo haré con corazón grande, con amor de verdadero padre. ¿Volverás?

Prometí volver, y así terminó mi segunda entrevista, la cual quedó sellada con su santa bendición.

Por las vocaciones de los niños pobres, ¡cuánto he andado! ¡Cuántas escaleras he subido! ¡Cuántas puertas he golpeado! Y Dios me lleva adelante, como estropajo suyo.

He padecido hambre, las humillaciones más dolorosas; y sin embargo, parecían bizcochitos de Dios. También me he cargado con deudas, pero Dios nunca ha permitido que hiciese bancarrota. Y estimaría como favor grande el que Jesús quisiera concederme andar, mendigando, por las vocaciones, el pan hasta el fin de mi vida.

Don Orione

Sellos de su amistad

Mi amistad progresiva con el Rvdo. Don Orione, me da oportunidad de conocer varias de sus casas y vivir en ellas, y comprender aún más, reflejado en sus obras, su caritativo corazón.

El consejo que recibiera de Don Orione, lo cumplí fielmente. Los médicos a quienes recurrí constataron que mi salud se hallaba algo quebrantada, y recibí el consejo de repararla en un lugar de sosiego, y a ser posible, en el campo, por un tiempo algo largo.

Pronto recurrí a Don Orione, para relatarle el resultado del diagnóstico médico. Palabras de consuelo y de confianza brotaron de su corazón, para darme ánimo y resignación, atendiendo en dicha forma las necesidades de mi alma, pero Don Orione quiso completar su obra, como era peculiar en todos sus actos. Sin preguntarme siquiera si tenía o no prefijado el lugar donde reparar mi salud, me ofreció con amor grande, una granja suya, que aún en la actualidad posee en la República Oriental del Uruguay.

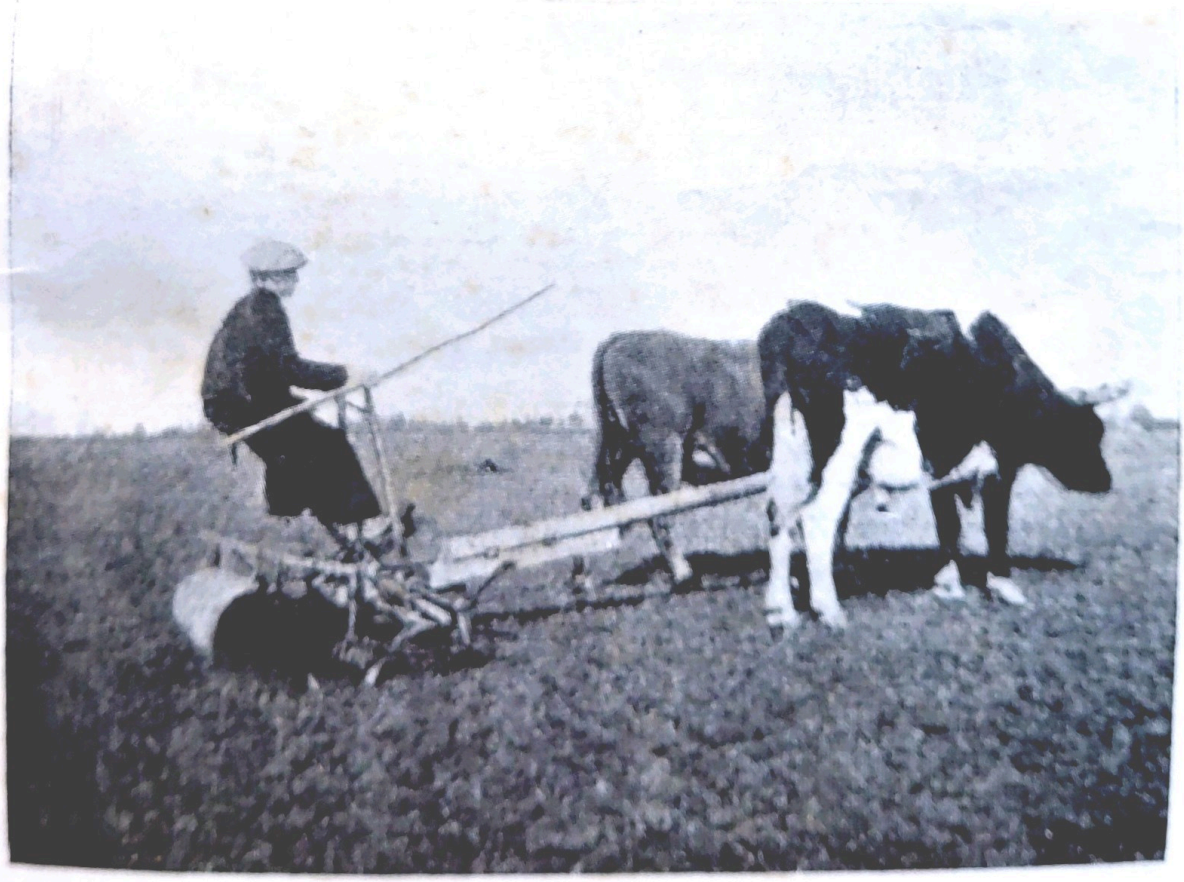
—Allí, — me dijo, — podrás disponer de todo como si fuera tu casa.

Al referir a mis padres el amoroso ofrecimiento que me había hecho, produjo en ellos el convencimiento que verdaderamente la Divina Providencia sale al encuentro de las necesidades de los hombres, cuando en ellas se deposita toda fe.

Pasaron algunos días, nuevas visitas realicé a Don Orione, durante las cuales tuve nuevas pruebas de su incomparable bondad.

Ya cercana la fecha en que Don Orione se trasladaría al Uruguay, para visitar sus casas, me hizo saber que él mismo me llevaría; y así fué. Nos embarcamos rumbo al Uruguay, por vía Colonia. Durante la corta travesía por agua, y luego

Grupo de niños, haciendo gimnasia en el colegio que funciona en la granja. Detrás, la capilla del establecimiento



La rastra de discos. Es un eficiente implemento para la preparación del suelo

en autobús de Colonia a Montevideo, Don Orione no cesaba de infundir en mi alma, con palabras llenas de ternura, dosis valiosas de confianza y coraje. Risueño, alegre, a la par que compañero, padre y hermano, todo lo demostraba ser para mí, Don Orione.

Llegado que hubimos a Montevideo, hicimos un breve paréntesis en la casa central, donde sostiene un Patronato. Allí reparamos nuestras fuerzas, para salir pocas horas después hacia La Floresta. Dos horas de viaje nos colocaron en la hermosa granja, situada a poca distancia de la estación del ferrocarril y no muy lejos de la costa del mar. Allí fuí presentado al Rvdo. Padre Director, Don Castagnetti, e hizo disponer todo lo necesario para que mi permanencia en su granja resultara de descanso y recogimiento, de modo que no sólo velaba por la salud de mi cuerpo, sino también por la de mi alma.

Don Orione regresó a los pocos días a Buenos Aires, prometiéndome volver pronto a visitarme. Quedaba, pues, por primera vez huésped en una de sus casas. Tenía la seguridad de que me dispensarían atenciones bondadosas; mas nunca llegué a imaginar que la extrema caridad de Don Orione se viera reflejada fielmente en todos sus hijos.

El Rvdo. Padre Director, dechado de humildad y bondad, sirvió a mi espíritu, tanto como a mis atenciones de salud corporal, en forma tan solícita, como sólo un buen padre o un generoso hermano pudiera realizarlo.

Conocí allí también a los Rvdos. hermanos ermitaños Fray Romualdo y Fray Colombano. ¿Quiénes son estos dos ermitaños que en la soledad y el silencio, con la oración siempre en los labios, bajo el hiriente rayo del sol, al calor fulgurante o en la penetrante humedad de la lluvia invernal, trabajan desde el alba hasta la puesta del sol, en el labrar de la tierra, produciendo, con el esfuerzo de sus brazos, el alimento de los otros hermanos?

Don Orione, al fundar y organizar su Congregación, no dejó claro alguno en la visión de su obra. No solamente creó instituciones para pobres, enfermos, lisiados, relegados de la sociedad, etc., como asimismo seminarios para la formación de sus huestes apostólicas; sino que también fundó granjas, donde hizo cultivar la vocación de aquellos que, si bien no deseaban o no podían ser sacerdotes, anhelaban cooperar en su santa obra con su oración y el trabajo. A ellas pertenecen estos dos monjes ermitaños de La Floresta, a quienes tuve oportunidad de conocer en su vida íntima.

Muchas veces debí admirar el esfuerzo constante de sus trabajos, interrumpido apenas por la oración elevada a Dios en el mismo lugar de sus faenas. Después de un día de intensa fatiga, cumplida únicamente en provecho de la Congregación, y para reponerse de sus desgastes físicos, tras una modesta cena, retirábanse a descansar. Nada de mullidos colchones para conciliar el sueño. Nada de horas prolongadas de descanso. Tras pocas horas de reposo sobre dos sencillas tablas, levantábanse a medianoche, para elevar a Dios, cánticos de alabanza y fervorosas oraciones.

En esta forma sucedíanse los días, quedando impreso en mi alma, el ejemplo edificante de estos santos hombres, ejemplo que había de inducirme a los desprecios de los halagos del mundo, de sus vanidades, y dejar en mi espíritu un ardiente deseo de servir a Dios y salvar mi alma.

Durante la larga temporada que permanecí en la granja, recibí de Don Orione dos cartas, contestación a otras mías, las cuales publico, para que constate el lector cuánta caridad brotaba de su alma y cuántos deseos alimentaba de infundirla en los demás para con el prójimo.

Reconociendo el mejoramiento de mi salud, Don Orione ofreció a mi padre y a uno de mis hermanos, la facilidad de pasar en mi compañía el tiempo que creyeran oportuno. Ese

generoso ofrecimiento de Don Orione significaba el complemento de su obra de caridad, y fué aceptado por mi familia.

Uno de mis hermanos primero y luego mi propio padre, tuvieron la dicha de vivir en aquel refugio de santidad, colmados siempre de atenciones y respirando ese aroma peculiar de las casas de Don Orione: la caridad. Unos veinte días más compartí con mi padre la compañía de esos beneméritos monjes, para regresar luego definitivamente a Buenos Aires.

Cartas recibidas de Don Orione en La Floresta (Uruguay)

Traducidas al Castellano

¡Almas y Almas!

Mar del Plata, 17 de febrero de 1936.

« Querido Daniel:

« ¡La gracia de Dios y su paz sean siempre con nosotros!

« He recibido tu carta gratísima del 11 del cte. mes, y me « felicito contigo por la divina luz que de lo alto ha descendido « sobre ti. Ruego al Señor que en estos días el Espíritu Santo « ilumine siempre más tu mente e inflame de caridad tu corazón; « de modo que tú, querido Daniel, comprendas bien la va- « nidad de todas las cosas mundanas y les vuelvas las espaldas, « para darte todo a Jesucristo, ser un buen soldado suyo y de « la Santa Iglesia.

« La materia no es nada, comparada con el alma; piensa « seriamente en salvar tu alma, en hacerte santo y en salvar el « alma de nuestro prójimo, de nuestros hermanos. El alma es « reflejo de Dios; su origen es Dios, su fin es Dios, su alimento « es Dios. Su precio es la sangre de Jesucristo, Hombre-Dios.

«Para crear al mundo, bastó a Dios una palabra; pero «para salvar nuestras almas, Jesucristo-Dios ha querido mo- «rir. Querido Daniel: ¡Almas y almas!

«Nosotros, sostenidos por la gracia de Dios, debemos ser «salvadores de almas. ¡Almas y almas!

«¡Cooperar con Jesucristo en salvar almas! La gracia de «esta celestial vocación es grande, y después del Santo Bau- «tismo, es el más grande beneficio de Dios.

«Yo ruego por ti, querido Daniel, porque sé que es Dios «que te llama a tanto apostolado. Ofrécete a El ilimitadamente, «déjate conducir como un niño, como hombre vuelto a nueva «vida en Cristo. Ruego a la Santísima Virgen, para que, con «su maternal intercesión, llegues a ser lo que debes ser. Yo «siempre pienso en ti y estoy cerca de tu espíritu y te encomien- «do al Señor.

«Espero verte nuevamente y pronto, pero en tanto, te «animo y te bendigo.

«Ave María y... ¡adelante!»

DON ORIONE.

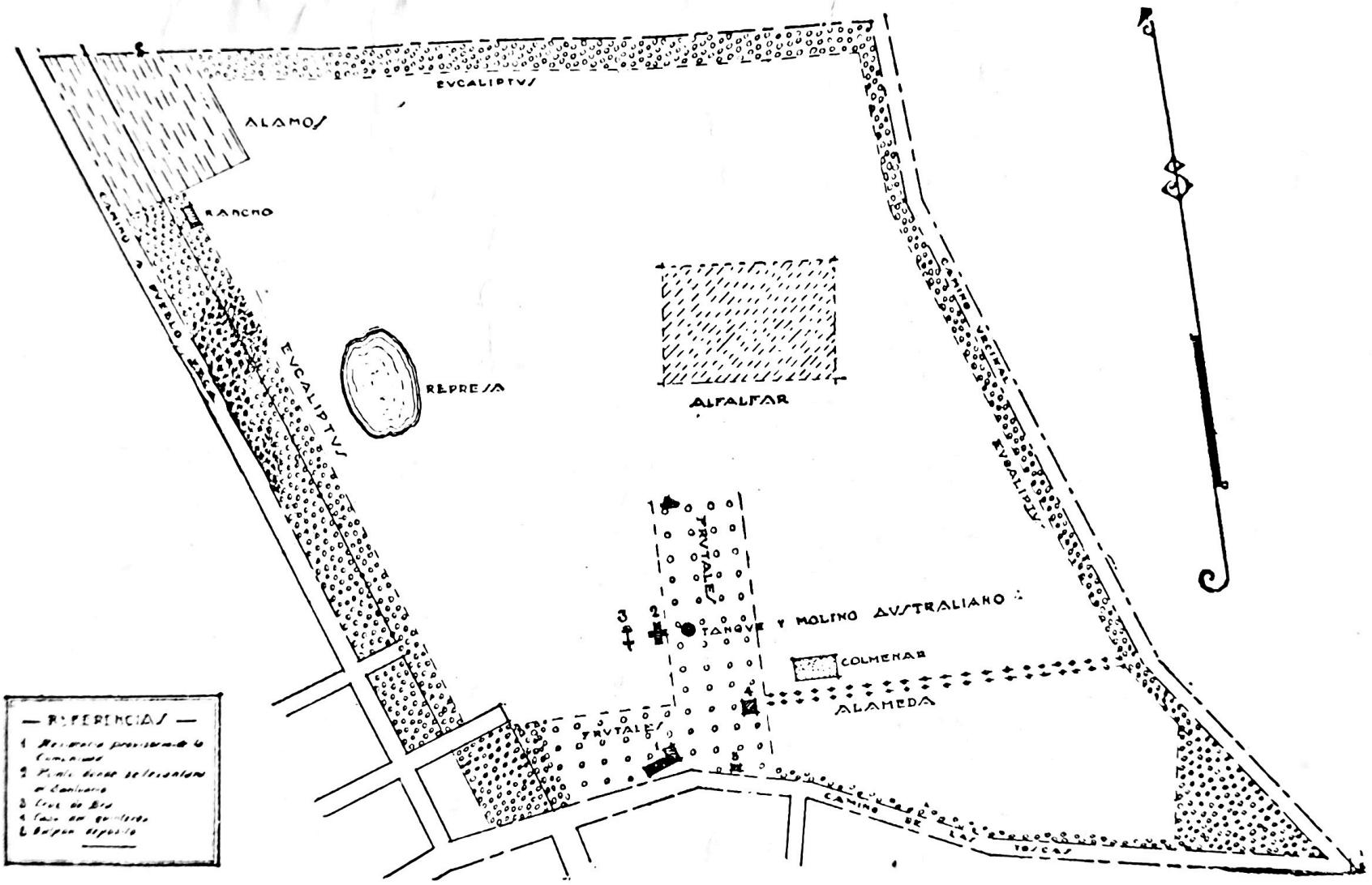
¡Almas y Almas!

Martes 11 de febrero de 1936.

«Mi querido Daniel:

«¡La paz de Jesucristo y su gracia sean siempre con nos- «otros!

«He regresado de Chile el domingo 9 de febrero: he anti- «cipado mi regreso, porque en Chile había huelga y estado «de guerra; por otra parte y por el momento, ya había termina- «do mi misión; regresaré a Chile en mayo, para dar principio «al *"Pequeño Cottolengo Chileno"*.



Plano de Chacra. Sede de la Comunidad "Padres de la Divina Providencia"

« Yo desearía tanto volver a verte, querido amigo... Qui-
« siera volver en seguida a La Floresta, donde quedaría unos
« pocos días con todos vosotros, y con vosotros haría algunos
« días de santos ejercicios espirituales en paz y recogimiento.

« Pero, llegado a Buenos Aires, encontré que me han com-
« prometido con trabajos en Rosario y Mar del Plata, por lo
« cual tendré que dilatar mi ida.

« Mandaré para predicar los ejercicios espirituales al Pa-
« dre José Zanocchi, y te ruego avises al Padre Castagnetti y
« a los Ermitaños que ellos vendrán el domingo.

« También tú, mi buen Daniel, podrías aprovechar, y es-
« cuchar la predicación y hacer algunos días de retiro, para
« bien de tu alma. Siempre me acuerdo de ti y ruego a la Pu-
« rísima te cure y ayude en la vida, con amor de madre. Salú-
« dame al Padre Castagnetti y a los queridos Ermitaños; mán-
« dame tus noticias y está de buen ánimo.

« Ruégote frecuentes los *sacramentos* y... *confía en Dios!*

« Te saludo cariñosamente y te bendigo de corazón. Tu
« amigo ».

DON ORIONE.

Reproducción fotográfica de las dos cartas del Rvdo. Don Orione

Pequeño Cottolengo Argentino
Correo Postigrafi Pcial
N. E. M. - 1001 - Buenos Aires
CLAYPOLE F. C. S.
Manuel Gálvez 630
N. T. 52 - 9119 - Sivellando

Almas y Almas! CHARITAS

Martes 11 febbrajo 914

Mio caro Daniele,

La pace di Gesù Cristo e la sua grazia sia sempre con noi! Sono tornato dal Cile Domingo 9 febbrajo: ho anticipato il mio ritorno, poichè in Cile c'era rivoluzione e stato di guerra; del resto avevo già terminata la mia missione, per ora. Ritornerò in Cile a Maggio per dare principio al Pequeño Cottolengo Cileno.

Io desidererei tanto di rivederti caro Amico, e volevo venire subito a la Floresta, dove mi sarei fermato un po' di giorni con tutti voi altri, e avrei preso alcuni giorni di Santi Esercizi Spirituali in pace e raccoglimento insieme con voi. - Ma, giunto a Bs. Aires, ho trovato

che mi hanno vincolato con
impegni a Rosario e a Mar
del Plata, per cui dovrò
ritardare a venire.
Manderò a predicare gli
Esercizi Spi Padre José Gmo
chi, e ti prego di avvertire
Padre Castagnetti e gli Eremiti che
egli verrà debitamente.
Anche tu, mio buon Daniele,
potresti approfittare e ascoltare
le prediche, e farti qualche giorno
di ritiro pel bene della tua anima.
Sempre mi ricordo di te, e
prego la Purissima di curarti
e di aiutarti nella tua vita,
con amore di Madre.
Salutami Padre Castagnetti
e i cari Eremiti: mandami tue
notizie, e stai di buon animo:
prega, frequenta i Sacramenti
e confida in Dio!
Ti saluto caramente, e ti bacio
di cuore — Tuo amico Don Orione

OBRAS DE GRACIAS DE LA SOCIEDAD FRANCISCANA DE SEÑORAS DE SAN VICENTE DE PAUL

ESCUELA DE LA SAGRADA FAMILIA

U. T. 6 PLENTY 9

MAR DEL PLATA

B

Almas y Almas!

Mar del Plata, 17 Febrero de 1935

Caro Daniele,

La grazia di Dio e la sua pace siano sempre con noi! Ho ricevuto la gradita tua lettera dell'11 c.m., e sono felicissimo con te per la divina luce che dall'alto ti discende sopra di te. Prego il Signore che, in questi giorni, lo Spirito Santo illumini sempre più la tua mente e infiammi di carità il tuo cuore, sì che tu, caro Daniele, ben comprenda la vanità di tutte le mondane cose, e volti ad esse le spalle per darti tutto a Gesù Cristo e essere un buon soldato di Cristo e della sua Santa Chiesa.

La materia non è nulla al confronto dell'anima: pensa seriamente a salvare la tua anima, a farti santo e a salvare le anime del nostro prossimo, dei nostri fratelli

L'anima è il riflesso di Dio: la sua origine è Dio — il suo fine è Dio — il suo alimento è Dio — il suo prezzo è il sangue di Gesù Cristo, Uomo-Dio. Per creare il mondo bastò a Dio una parola, ma per salvare le anime nostre Gesù Cristo-Dio ha voluto morire! — Caro Daniele: Almas y Almas! — Noi, eletti dalla grazia di Dio, abbiamo essere salvatori di anime - Almas y Almas!

Cooperare con Cristo a salvare anime: la grazia di questa celeste vocazione è grande, e dopo il santo battesimo è il più grande beneficio di Dio.

Io prego per te, caro Daniele, perchè, se è Dio che ti chiama a tanto apostolato, tu ti offra illimitatamente a Lui e ti lasci condurre come un bambino, quasi uomo rinato a nuova vita in Cristo. — Prega la SS. Vergine, per - per la sua materna intercessione - tu sia quello che devi essere.

Io sempre ti penso e ti sono vicino di spirito, e ti ricordo a Dio, sperando di presto rivederti, ma intanto ti conforto e ti benedico!

Ave Maria e avanti! Don Orione

... Y después... después, si la Divina Providencia continuara jugando, ya veréis, dentro de pocos años qué saldrá de las manos del Señor...

Todo lo hace Nuestro Señor. Casi diría que está jugando.

Quien ha hablado por boca de la burra de Balaam, no ha hallado en el mundo a criatura más miserable que yo, para que se sepa que todo bien viene de El.

Don Orione

DON ORIONE FORMULA CONSOLADORAS PROMESAS A SUS BIENHECHORES

Vuestros nombres, oh bienhechores de mis huérfanos y de mis pobres, están grabados, con caracteres indelebles, en mi corazón; yo os tengo y os tendré presentes siempre.

Dejad que os lo declare, oh mis bienhechores, yo os amo intensamente, y este mi gran amor hacia vosotros tiene su raíz viva en la Fe y en el santo amor de Dios, y del prójimo, y en particular, del prójimo más abandonado, desamparado y menesteroso, a quien vosotros me hacéis posible socorrer.

Mi amor es sencillo, pero ardentísimo; es puro y hasta luminoso, pues quiere ser, y yo siento que realmente es, por gracia de Dios, caridad de Dios. Diríase que Jesús misericordiosísimo ha dilatado mi corazón de tal manera, que mi pecho se siente como abrasado y arde por el deseo de espiritual y sacerdotal bondad, para las almas de mis hermanos los más pobres e infelices, y para vosotros, mis bienhechores.

Vosotros sois para mí y para mis pobres el Banco y las manos generosas de la Divina Providencia; en vida y después de muerto os recordaré siempre y no dejaré de rezar nunca por vosotros y vuestras familias.

. . . . . .

Nuestras obras quizá ya no necesitarán más de mí (pues siento que declino), pero necesitan tanto más de vosotros, oh mis bienhechores y bienhechoras... Yo pongo todas estas obras en las manos de Dios y vuestras, y si vosotros os interesareis de las múltiples Instituciones surgidas y que surgirán en el nombre y por la bondad de la Divina Providencia, la Divina Providencia se interesará de vosotros y proveerá por vosotros.

Haced limosna con lo que os sobra, y Dios os recompensará con el céntuplo también en la vida presente; con la salud y buena armonía en vuestras familias; con la bendición y prosperidad en vuestros negocios y haciendas, y preservando a vosotros y a vuestros hogares de toda desgracia.

Custodia, Reina y Madre del "Cottolengo Argentino" es María, Madre de Dios, la Santa Señora y Madre de la Divina Providencia.

¡Oh, mi Santa Señora, he aquí que os he consagrado Patrona y Madre; ahora os toca a Vos!...

Don Orione

Granja Providencia

La Floresta (R. O. del U.)

El edificio destinado a residencia provisoria de la Comunidad. Comprende más de *trescientos metros cuadrados* de superficie cubierta. El Sindicato ha introducido en esta propiedad importantes mejoras para adaptarlo a su nuevo destino

III

Nuevas pruebas de la caridad de Don Orione

Me brinda la oportunidad de conocer otras de sus casas.— Breve estadía en el Seminario de Lanús.— En su casa de Nueva Pompeya.— Inauguración de su "Pequeño Cottolengo" de Claypole.

Habiendo llegado a Buenos Aires de regreso de La Floresta, traté por todos los medios de conseguir una ocupación honrosa que sirviera de base para formar mi porvenir. Después de algunas gestiones, auxiliadas por Don Orione, logré, por la mediación de mi buen padre, un empleo en la administración nacional, siendo destinado a la provincia de Santa Fe, y marché luego para hacerme cargo de él.

La alegría que experimentó Don Orione, al saber que habíanse visto satisfechos mis deseos, sólo puede compararse a la misma alegría habida por mis padres.

Unos meses duró mi tranquilidad espiritual, pues mi débil carácter no supo sobrellevar las fatigas del trabajo, y opté por renunciarlo.

En conocimiento Don Orione de mi resolución, trató, con exquisito tacto y amor, de hacerme comprender que era necesario educara mi carácter; pero aun entonces, lejos de abandonarme por mi proceder, puso a mi disposición sus casas en la Capital.

Atendiendo su consejo, preferí pasar una temporada en el Seminario que en aquel entonces tenía en la localidad de Lanús, provincia de Buenos Aires. Allí me condujo él personalmente y me ofreció con paternal generosidad la misma habitación que él solía ocupar.

La vida común de sus jóvenes seminaristas, la compartía yo durante todo el día; sólo me abstenía de concurrir a las clases.

Debo manifestar, en homenaje a la verdad, que todos los actos de sus clérigos constituían para mí un constante ejemplo de todas las virtudes. Ellos, en los tiempos libres de recreo, jugaban y enseñaban la doctrina a los niños que allí concurrían.

Esta vida de estudio, recogimiento y piedad, a través del tiempo debía unirse en mi espíritu, con la misma impresión recogida en las casas y seminarios de allende el Atlántico, en su país natal, Italia.

Después de una breve temporada transcurrida en el Seminario de Lanús, Don Orione me invitó a visitar su casa de Nueva Pompeya, pasando allí algunos días. En ella encontré, con gran alegría, al Rvdo. Padre Dondero, a quien había conocido en Montevideo. El trato que recibí del mencionado sacerdote y de los demás clérigos de la casa, obligaron siempre más mi gratitud.

Inauguración del "Cottolengo"

El día 21 de mayo de 1936, festividad de la Ascensión del Señor, fué el día señalado por Don Orione para la inauguración del "Pequeño Cottolengo Argentino".

La colonia inaugurada comprendía la iglesia, puesta bajo la advocación de San José Benito Cottolengo, primera del mun-

do con esta advocación; la casa parroquial anexa, para vivienda de los Padres de la Divina Providencia, y la casa de las Religiosas, donde funciona un "Jardín de infantes", donación esta parte, como el terreno de toda la colonia, de D.ª Carolina Pombo de Barilari. Los pabellones a inaugurarse constituían la primera sección de la colonia, de diez pabellones, cinco para hombres y cinco para mujeres, con capacidad de veinticuatro camas cada uno; la usina para distribución de la calefacción central, lavadero, etc., y una enfermería para asilados que requieran ser internados, y que comprende sala de cirugía, primeros auxilios, consultorios externos, dispensarios, etc.

Una tibia mañana otoñal, orlaba con su límpido firmamento aquella mansión de los pobres y enfermos, que olvidaban sus dolores y penas al contacto con los primeros plácidos rayos del sol: diríase que también los elementos quisieran depositar su ofrenda a los pies del hombre que levantaba los cimientos de la "ciudad de la caridad". Quiso el sol radiante iluminar los rostros de todos aquellos afligidos, para devolverles, con su luz, la alegría, y con su calor, el alivio de sus penas.

Poco antes de la hora anunciada para la inauguración, me encontraba con mi padre y varios de mis hermanos, en la colonia de los pobres.

Pronto distinguimos a Don Orione en medio de toda clase de gentes que lo rodeaban para saludarlo.

El saludo que nos dispensó fué cordialísimo, y no necesitamos de mucha psicología para comprender el gozo espiritual que inundaba su corazón.

En medio del vaivén de los asistentes que recorrían dependencias e instalaciones, Don Orione, con porte humilde, suaves modales que revelaban al santo, cumplimentaba a cuantos se le acercaban. Era notable ver entonces el singular privilegio que dispensaba a ciertas personas; cualquiera diría que tal distin-

ción correspondería a grandes personajes. No fué así; con gran admiración de todos, Don Orione abrazaba y conversaba con los pobres enfermos y lisiados.

La presencia del presidente de la República, General Agustín P. Justo, hablaba por demás elocuentemente de la importancia de la obra y el alto concepto que Don Orione merecía ante las más altas autoridades del país.

La sagrada ceremonia estuvo a cargo del entonces Excmo. Sr. Nuncio Apostólico, Dr. Felipe Cortesi, Arzobispo de Sirace, que bendijo también la piedra fundamental.

Su Excelencia Mons. Serafini, en aquel entonces Obispo auxiliar de La Plata, tuvo a su cargo el discurso de ocasión.

Al dejar inaugurado el "Pequeño Cottolengo Argentino", Don Orione colmaba el principio de una de sus más grandes aspiraciones en esta tierra. Mucho tiempo hacía que maduraba en su corazón tal deseo; muchas dificultades encontró en su camino, pero no menos grande fué el alborozo de su alma pura, al sentir en su propio corazón el alivio de los dolores y penas de todos los necesitados.

Sus ojos vieron levantarse lujosos pabellones, para sus hijos privilegiados, los pobres; sus oídos oyeron, en aquellos momentos, las palabras de los desamparados enfermos e inválidos, que a su paso le decían: "¡Gracias, Don Orione!"

Haced limosna con lo que os sobra, y Dios os recompensará con el céntuplo también en la vida presente: con la salud y buena armonía en vuestras familias; con la bendición y prosperidad en vuestros negocios y haciendas, y preservando a vosotros y a vuestros hogares de toda desgracia.

Don Orione

Vista parcial de las plantaciones de girasoles, en la granja de La Floresta. En el fondo, Fray Colombano, ermitaño de la Obra Don Orione

Uno de los ermitaños de la obra de Don Orione, Fray Colombano, los que se dedican a tareas agrícolas

Don Orione dedica el "Pequeño Cottolengo Argentino"
A LA DIVINA PROVIDENCIA

A Vos, oh amorosa Providencia de mi Dios, que regís el universo y todo lo disponéis con perfección y para la salvación de la humanidad, y no permitís que nadie caiga de cuantos se echan en vuestros brazos maternales.

A Vos, que elegís las cosas estultas del mundo para confundir la sabiduría incipiente de todas las vanidades, so capa de ciencia; que elegís las cosas débiles para confundir los fuertes y lo que no es para confundir lo que es, para que nadie se envanezca, sino en Vuestro Nombre adorable.

A Vos, excelsa Providencia de mi Dios, que veláis sobre la flor del campo como sobre el trono de los reyes; sobre los pequeños y los pobres esparcidos en los valles olvidados de la tierra como sobre las turbas desilusionadas, que se agitan en las populosas ciudades.

A Vos, que con suavísimo amor de predilección amáis a los despojos de la sociedad: los huerfanitos, los ancianos decrépitos, los infelices más desamparados, los deficientes, los deformes, los ciegos. los tullidos, los sordomudos, los epilépticos, los paralíticos, y a cuantos, afligidos por dolores físicos o morales, son desechados y rehusados como desperdicios de la humanidad.

A Vos —humildemente y de rodillas— ofrezco y consagro, por las manos de la Purísima Madre de Dios, el "Pequeño Cottolengo Argentino".

Esta pobre y última obra de vuestra Providencia, oh Dios mío, ha nacido a los pies de Jesús-Hostia, en los días del memorable Congreso Eucarístico de Buenos Aires. Ella no es más que una humilde flor de caridad, brotada bajo el esplendor de aquella Fe grande, inmortal, benéfica, que ha conmovido a todo el mundo cristiano y civil.

Pío XI, "el dulce Cristo en la tierra", se ha complacido en bendecirla con amplísima bendición de Padre.

La han bendecido el Emmo. Cardenal Copello, Arzobispo de Buenos Aires; el dignísimo representante de Su Santidad, Excmo. Nuncio Apostólico, Monseñor Cortesi; el Excmo. Mons. F. Alberti, Arzobispo de la Plata, y otros veneradísimos Pastores de almas.

Las más altas autoridades y el clero y el pueblo la saludaron con alegría.

Por lo común, las bendiciones de Dios descienden sobre las instituciones, por las manos del Papa y de los Obispos.

El "Cottolengo Argentino" quiere estar, hoy, mañana, siempre, humilde y pequeño, a los pies de la santa Iglesia y de los Obispos, como un infante.

Esta modestísima obra, que toma espíritu y nombre de San José B. Cottolengo, el Padre y el Santo de los pobres más desamparados, sea un himno dulce de Fe y de confianza ilimitada en Vos, oh Santa Providencia de mi Señor!

DON ORIONE.

Mayo 21 de 1936.

PEQUEÑA OBRA DE LA DIVINA PROVIDENCIA
INSTITUTO
TUPASI
SAN MIGUEL
DON ORIONE

IV

Vísperas del viaje de Don Orione a Italia

Invitación generosa y espontánea para llevarme a Italia. — Escrupulosa actitud de Don Orione al ofrecerme su invitación. — Alocución radial para despedirse de la República Argentina y de los benefactores de su obra. — Ultima misa de Don Orione en la Capilla de Carlos Pellegrini. — Ultimo almuerzo.

Cierto día del mes de julio, Don Orione me manda llamar. Desde largo tiempo no lo visitaba. Su llamado constituyó para mí una orden. Concurrí a su casa, y fuí recibido con júbilo por Don Orione.

Su apariencia, algo más severa que de costumbre, me daba la impresión de que se preparaba para hablarme de cosas revestidas de suma seriedad. Aquí no me equivoqué. Con su habitual delicadeza, me invitó a sentarme, y luego de interesarse por mi vida, pasó a hablarme en la siguiente forma:

—Querido Daniel: ¿recuerdas el ofrecimiento que te formulé en una de las primeras visitas que me has hecho? Yo te ofrecí llevarte conmigo a Italia. Pues bien, en aquel entonces tú me respondiste que aceptabas. Pocos días faltan para que yo regrese a mi patria; debo irme, y antes de hacerlo, te he mandado llamar para ratificarte el ofrecimiento que te hice en aquella oportunidad. ¿Quieres venir conmigo?

—Oh Padre, —le observé; —Ud. es demasiado amable para conmigo, al ofrecerme algo que yo no merezco; y por otra parte, creo que muchas son las dificultades que se presentan. No obs-

tante, yo dejo que Ud. me lleve como de la mano; por lo tanto, acepto con todo placer.

En ese instante se agolparon a mi mente toda clase de pensamientos. Yo mismo no sabía ciertamente por qué aceptaba. Reconozco que mi aceptación fué más bien sumisa a la autoridad de quien me parecía un santo varón, que razonada y calculada... Pero... ¿qué iba a hacer en Italia? ¿Para qué me llevaría? No necesité interrogarlo para cerciorarme de ello; Don Orione se adelantó a mi pregunta, hablándome así:

—No dejo de reconocer que muchas han de ser las dificultades que se te van a presentar... pero yo confío en la Divina Providencia, y tú, amigo, puedes tener la seguridad de que yo seré para ti como un padre, que nunca te abandonaré; tú serás lo que desees ser, y elegirás para vivir cualquiera de las casas que tengo en Italia; pero juzgo que tal vez te convenga más en Génova.

Estas últimas frases me alentaron tanto, que respondí con exclamación de intenso júbilo y confianza:

—¡Gracias, Padre, lléveme; yo confío en Dios y en usted!

En principio, mi aceptación constituía de hecho la solución de varios problemas, el arreglo de muchos compromisos, en los cuales yo casi inconscientemente me iba sumiendo; pero el hecho de hallarme comprometido, era para mí una preocupación, y no menos era para mis padres, los preparativos del viaje y el costo del pasaje.

No me atreví a mencionar a Don Orione tales inquietudes; sólo le hablé de mi situación personal con respecto a mi compromiso, recibiendo de él sus más preciados consejos.

Don Orione me indicó que con toda premura sacara todos mis documentos, pues contados eran los días que nos quedaban para permanecer en ésta.

Inmediatamente de recibir estas instrucciones, me presenté a mis padres, quienes no ocultaron su indescriptible alegría al saber que mi decisión se había inclinado por la afirmativa.

EL EQUIPO CAMINERO EN FUNCIONES. — Con estos equipos resulta fácil la construcción de buenos caminos, factor importante para el progreso agrario del país

RASTREANDO. — La rastra es el complemento del arado en la preparación del suelo

Las bondades de mis padres se unieron a las del Rvdo. Don Orione, y así pude, en pocos días, deshacerme de no pocas situaciones, muchas de ellas casi críticas, y obtener todos los documentos que me eran imprescindibles.

Hasta último momento casi no se había resuelto el pago del pasaje... Mi padre dispuesto a hacerlo, y Don Orione no menos empeñado en realizar su obra completa.

Algunas dificultades se presentaron para que él lo pudiera hacer, por lo cual difirió su solución hasta el último momento; confiaba en la Divina Providencia de poderlo hacer, y así lo hizo. Don Orione me había costeado el pasaje.

Estos actos de extrema generosidad para con mi familia, como para conmigo, me confundían.

El día señalado para la partida era el 6 de agosto. Faltando ya contados días, Don Orione pronunció una alocución, que fué transmitida por radio, en la cual, con sencilla emoción, se despidió de la Argentina, de todos sus bienhechores y de todos sus amigos.

Las palabras pronunciadas en tal oportunidad, ponen de relieve, los profundos y arraigados sentimientos de amor que sentía por la República Argentina.

Ultima Misa de Don Orione en su Capilla de la calle Carlos Pellegrini

En la madrugada del día 6 de agosto, me trasladé a la capilla que tenía don Orione en su casa central.

Con mis padres y algunos de mis hermanos, asistí a la última misa que el Rvdo. Don Orione celebraría en nuestra Patria.

En los secretos designios de la Divina Providencia, estaba que aquel santo Sacrificio, celebrado en la misma casa desde donde dirigiera los destinos de su Congregación por tanto tiem-

po, sería el último Sacrificio solemne que Don Orione realizaría en esta tierra, para él tan apreciada.

Las familias que habían concurrido a escuchar la santa misa, llenaban la capilla, y muchos hubieron de presenciarla desde el "hall" contiguo.

El silencio místico de aquel lugar, era sólo interrumpido por las oraciones de Don Orione. Era tanta la devoción de que se hallaba compenetrada su alma, que se revelaba inconscientemente en sus palabras y semblante, conmoviendo y edificando a todos los asistentes.

Don Orione terminó la santa misa, distribuyó la sagrada Eucaristía, e impartió su santa bendición. ¡Quién hubiera podido seguirlo en el decurso de aquel último santo Sacrificio! ¡Cuáles pensamientos y sentimientos embargaban el alma de Don Orione! ¡Cuántos favores habrá impetrado al Todopoderoso por nuestra Patria, para los pobres! ¡Cuántas misericordias habrá alcanzado para remediar los males físicos y perdonar las miserias morales! ¡Cuántas bendiciones habrá demandado al Dador de todo bien, para sus bienhechores y amigos, para cuantos le tendieron generosa la mano en momento oportuno, y para levantar su obra monumental!

Habrá terminado su última misa, feliz por la lluvia de bondades recibidas de Dios durante su estada en nuestro país y seguro de que la Divina Providencia no podía fallarle en lo futuro.

Ultimo almuerzo de Don Orione

La sagrada ceremonia había concluído; me despedí de Don Orione.

Poco antes del mediodía, mi madre me comunicaba que, tanto mi padre como yo, habíamos sido invitados por Don Orione, para almorzar en su compañía.

Aun cuando, por mi estado de ánimo, no me hallaba predispuesto a concurrir, no opuse mayores reparos, e hice un esfuerzo para aceptar una invitación que sabía perfectamente no merecía, pero subordiné mis pocos deseos al generoso y delicado ofrecimiento de Don Orione.

Cerca ya de las 12, concurrí a su casa, donde encontré a mi padre y otras personas igualmente invitadas.

Pocos momentos después, se nos indicó amablemente que pasáramos al comedor, amplia sala que divide en dos partes la casa, distanciando un vestíbulo, o patio cubierto, del interior de la finca. En ella solía trabajar Don Orione, utilizando la gran mesa, cubierta en oportunidades de un monte de papeles y libros, para cumplir su siembra de correspondencia, a las veces fatigosa y de gran responsabilidad.

A esa mesa, que ahora nos iba a servir para rubricar la última reunión social de Don Orione, completaba el adorno de un humildísimo juego de muebles, que componían el comedor.

Esa reunión íntima que Don Orione había dispuesto, tenía un símbolo, fácil de interpretar para quienes vivieron cerca de él.

Distribuídos los lugares, Don Orione bendijo la mesa, e invitó a todos a que tomaran asiento. Don Orione, ocupando la cabecera de la mesa, tenía a su derredor, un reducido grupo de amigos: entre los sacerdotes de su Congregación, recuerdo que se hallaba el Rvmo. Padre Zanocchi, y algún otro que no tengo presente; además, dos de sus clérigos, que lo acompañarían a Italia, llamados Luis y Carlos.

Entre los civiles amigos de Don Orione, no recuerdo haber visto a otro que no fuera el distinguido Dr. Burdieu, por quien Don Orione sentía particular afecto, y mi señor padre, para quien no perdía oportunidad de demostrarle la gran estima que le profesaba. Yo completaba la reunión, confundido por el honor que Don Orione me dispensaba.

La agradable reunión se prolongó por espacio de una larga hora, durante la cual el preclaro sacerdote hizo gala de exquisita sociabilidad, dando al ambiente la impresión de hallarse en torno a una mesa familiar, por el franco espíritu de alegría que sabía revelar Don Orione, armonizando con cuantos lo rodeaban.

Finalizado el almuerzo, me despedí entre los primeros de Don Orione, y me retiré, para volver a acompañarlo pocas horas después, a bordo....

Invocación de Don Orione para la Argentina

¡Oh Jesús, que tanto has amado a tu patria y consagraste el amor de patria derramando lágrimas de sangre sobre Jerusalén, mira con siempre mayor benignidad, oh Señor, a esta mi segunda patria, a este gran pueblo argentino, que me hospeda; donde el soplo de la más generosa y cristiana caridad ha dado vida al "COTTOLENGO ARGENTINO", que recibe a los pobres más infelices y desamparados de toda nacionalidad y de toda creencia!

¡Cuánta amabilidad, cuánta inteligente bondad he hallado! ¡Cuánta virtud y cuánto bien he aprendido de este clero y este pueblo! En todos, y entre los ricos, y entre los pobres obreros, he hallado corazones de príncipes.

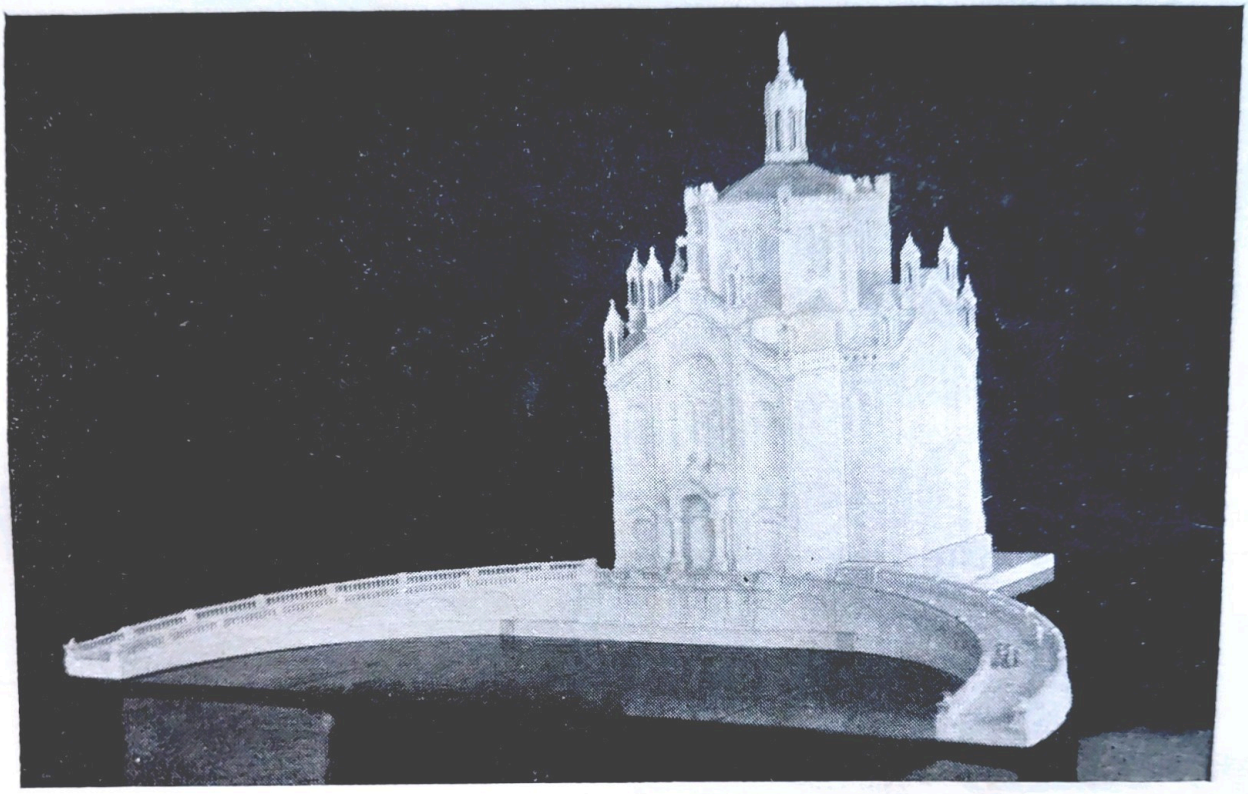
Ama, oh Señor, a la Argentina, porque la Argentina ama a tus pobres. La fe y la nobleza de corazón de esta Nación son tan grandes, que bien merece todas las bendiciones del Cielo.

Brillen luego para ella días siempre más bellos de esperanza en la luz de Cristo, luz de la ciencia, de la libertad y del trabajo, días llenos de prosperidad y de gloria.

DON ORIONE
de la Divina Providencia.

Buenos Aires, diciembre de 1936.

Futuro Santuario de la Virgen de las Flores en La Floresta



Esta fotografía ha sido tomada de la "maquette" y comprende el monumental edificio del Santuario. Consta de dos pisos, uno inferior, que comprende una cripta, y se ascenderá al segundo piso por dos explanadas laterales, que traerán ciertamente algunas reminiscencias del célebre Santuario de Lourdes.

"Carta Magna"

13 de abril de 1935

En el mes de abril de 1935, el Rvmo. Don Orione publicaba el siguiente documento, asegurando que, mientras lo redactaba, había tenido la asistencia y especial ayuda de San José Benito Cottolengo.

El texto íntegro del admirable documento dice así:

Deo gratias! Confiado en la Divina Providencia, en el magnánimo corazón de los argentinos y de toda persona de buena voluntad, se ha dado comienzo en Buenos Aires, en el nombre de Dios y con la bendición de la Iglesia, a una humildísima obra de fe y de caridad, que tiene por objeto dar asilo, pan y un poco de bienestar "a los desamparados" que no han podido encontrar acogida en otras instituciones de beneficencia.

Trae esta obra su vida y su espíritu de la caridad de Cristo, y su nombre, de San José Benito Cottolengo, que fué apóstol y padre de los pobres más infelices.

La puerta del "Pequeño Cottolengo Argentino" no preguntará a quien la cruce si tiene un nombre, sino solamente si tiene algún dolor.

"*Charitas Christi urget nos*" (II Cor., IV).

¡Cuántas bendiciones recibirán de Dios y de nuestros queridos pobres aquellas almas generosas que nos ayudarán a remediar tanta miseria, a endulzar tanto dolor de los que son como "el desecho de la sociedad"!

Cómo es el "Pequeño Cottolengo Argentino"

El es, por ahora, como un pequeño grano de mostaza, al cual bastará la bendición del Señor, para llegar a ser algún día

un árbol corpulento, sobre cuyas ramas se posarán tranquilos los pajarillos. (Math., cap. 13).

Los pajarillos, en este caso, son los pobres más abandonados, nuestros hermanos y nuestros amos.

El ojo de la Divina Providencia

El Señor ama a todas las criaturas, sin excepción; su Providencia, empero, no pudo dejar de distinguir con amor de predilección a los miserables, a los afligidos, a los huérfanos, a los que sufren tribulación de alguna manera, después que Jesús se presentó como un Modelo y Capitán, sometiéndose El mismo a la pobreza, al abandono, al dolor, y hasta al martirio de la Cruz.

Por lo cual, el ojo de la Divina Providencia está, en modo especial, fijo en las criaturas más desventuradas y en aquellas que se hallan sumidas en el mayor abandono.

A quién se recibe en el "Pequeño Cottolengo Argentino"

El "Pequeño Cottolengo" tendrá siempre abierta su puerta a toda clase de miseria moral y material. A los afligidos y desengañados proporcionará nuevos alientos y lumbres de fe.

Separados luego en distintas familias, acogerá en su seno, como hermanos, a los ciegos, a los sordomudos, a los retardados, a los incapaces: cojos, epilépticos, ancianos y obreros inhábiles para el trabajo, niños escrofulosos, enfermos crónicos, niños y niñas de corta edad, y mayorcitos; jovencitas en edad de peligros morales; a todos aquellos, en una palabra, que, por una u otra causa, necesitan de asistencia, de auxilio, con

tal que no puedan ser recibidos en otros hospitales o asilos, y que verdaderamente sean abandonados: sean de cualquier nacionalidad, sean de cualquier religión, sean también sin religión alguna: ¡Dios es Padre de todos!

Es evidente que todo esto se llevará a cabo gradualmente, a medida que se vaya edificando y se disponga del lugar conveniente, confiando en Dios y en la cooperación de los corazones misericordiosos, desconfiando tan sólo de nosotros mismos.

En el "Cottolengo" no deberá nunca quedar sitio vacío.

Nuestra debilidad nos consta: la consideramos como el trofeo de la bondad y de la gloria de Jesucristo.

Cómo se regirá y gobernará el "Cottolengo Argentino"

Nada es más agradable al Señor que la confianza en El. Y nosotros querríamos poseer una fe, un coraje, una confianza tan grande como es el corazón de Jesús, el cual es su fundamento.

El "Pequeño Cottolengo Argentino" se rige *in Domino:* sobre el fundamento de la fe; vive *in Domino:* de la Divina Providencia y de vuestra generosidad; se gobierna *in Domino,* esto es, con la caridad de Cristo: todo y sólo por amor, hasta el holocausto de nuestra vida, con el divino auxilio.

Y ¡nada de empleados! Nada de fórmulas burocráticas, que a menudo angustian, si por ventura no vuelven humillante el bien; nada que se parezca a una administración: nada de eso.

Todo depende de la Divina Providencia; quien todo lo hace es la Divina Providencia y la caridad de los corazones misericordiosos, movidos del deseo de hacer el bien, tal como el Evangelio lo enseña, a aquellos que más lo necesiten.

¿Tiene réditos el "Pequeño Cottolengo Argentino"?

Vosotros quizá creeréis que poseemos fondos y réditos. No, amigos míos; de todo esto, tenemos menos que nada. El "Pequeño Cottolengo Argentino" no tiene réditos y no podrá jamás tener tales réditos; va adelante día a día: *"panem nostrum quotidianum"*.

Aquel Dios que es el gran Padre de todos, que piensa en el pajarillo del aire y viste los lirios del campo, envía, por intermedio de manos benéficas, el pan cotidiano, esto es, aquel que se necesita cada día. Nuestro Banco es la Divina Providencia y nuestra cartera está en vuestro bolsillo y en vuestro buen corazón.

Cómo se vive en el "Cottolengo Argentino"

El "Cottolengo" está construído sobre la fe, y vive de los frutos de una caridad inextinguible.

En el "Cottolengo" se vive alegremente: se ora, se trabaja en la medida de las fuerzas de cada uno, se ama a Dios, se ama y sirve a los pobres.

En los desamparados se ve y se sirve al mismo Cristo, en son de perfecta alegría. ¿Quién más feliz que nosotros?

Y también nuestros queridos pobres viven contentos; ellos no son huéspedes, no son asilados, sino que son los patrones, y nosotros, sus servidores. ¡Así se sirve al Señor!

¡Qué hermosa es la vida en el "Cottolengo"! Es una sinfonía de oraciones por los bienhechores; de trabajo, de alegría, de cantos y de caridad.

Cómo se puede ayudar al "Cottolengo Argentino"

De mil maneras: con la oración, con dinero, y haciéndolo conocer a personas de corazón generoso y benéficas que pueden

BENDICION DE SU SANTIDAD PIO XI

EN EL DIA DE LA INAUGURACION DEL PEQUEÑO COTTOLENGO ARGENTINO

(Cablogramma)

Cittá del Vaticano, 42 - 2 - Vatgovt - 1400

NUNZIO APOSTOLICO

Buenos Aires

Spiritualmente presente inaugurazione nuova meraviglia Divina Provvidenza Santo Padre benedice di cuore "Piccolo Cottolengo Argentino", insigne Benefattrice, Benefattori e dirigenti, lieto che nascente gloriosa iniziativa cristiana beneficenza sollevando umane miserie assicuri codesta nobile Nazione abbondanti Benedizioni divine.

Cardinal PACELLI

Traducción del conmovedor cablegrama del Santo Padre:

Espiritualmente presente inauguración nueva maravilla Divina Providencia, Santo Padre bendice de corazón "Pequeño Cottolengo Argentino", insignes Benefactoras, Benefactores y dirigentes, gozoso de que naciente gloriosa iniciativa cristiana beneficencia, aliviando humanas miserias, asegure a esa noble Nación abundantes bendiciones divinas.

cooperar a tan gran bien. Por otra parte, todo aquello que tenéis y no podáis utilizar más, enviadlo al "Cottolengo". Por ejemplo: ¿tenéis un par de botines que no lleváis ya? Y bien, enviadlo al "Cottolengo". ¿Tenéis lienzos, lencería vieja, frazadas y vestidos usados, sombreros deteriorados? Y bien, enviadlos al "Cottolengo", o avisad por teléfono dónde y cuándo podríamos ir a recoger dichos objetos. Nuestros teléfonos son: U. T. 41–1691 y 61–2654, en Buenos Aires, y 22–9710.

Todo es grande cuando es grande el corazón que da. Como en el "Cottolengo" se recibe a los llamados desechos de la sociedad, así se recibe también a los desechos de vuestra casa; muebles fuera de uso o rotos, mesas, sillas, camas, libros, cuadros, retazos inservibles, y artículos de ropavejero; pan, carne, fideos, harina, legumbres, medicinas, carbón, leña, etc., todo sirve para los pobres del "Pequeño Cottolengo Argentino".

En el "Cottolengo" somos todos más pobres que vosotros, comenzando por los Padres, los cuales recibirán y vestirán con sentimientos de mucha gratitud los trajes eclesiásticos desusados que el Reverendo Clero tuviese a bien ofrecerles por caridad.

Al muy Reverendo Clero Argentino, el "Pequeño Cottolengo Argentino" manda su humilde saludo en el Señor, anticipándole vivas manifestaciones de agradecimiento por la benévola acción que querrá desenvolver con el fin de que se conozca la nueva Institución, que ha sido ampliamente bendecida por el Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico y por los excelentísimos señores Arzobispos de Buenos Aires y de La Plata.

Si alguien deseara dedicar camas, un aula, un dormitorio, a la memoria y al nombre de alguna persona querida, esto puede hacerse en el "Cottolengo", y se trocará en bendiciones el acto magnífico del insigne benefactor o benefactora y de su familia.

Visitad al "Cottolengo"

¡Oh, argentinos, que poseéis el corazón más noble que yo jamás haya encontrado; venid a visitar a los pobres del "Cottolengo", donde hay *laus perennis* por la paz y prosperidad de vuestra familia y de la República; donde todo es simplicidad de vida y buen sonreír sereno y reconocido; donde todos los sacrificios y todas las palabras se confunden y se reducen en una sola: ¡Caridad!

¡El Señor perdona tantas cosas por una obra de misericordia!

A las Benefactoras y a los Benefactores

Suscite Dios en Buenos Aires y en toda la República Argentina muchos corazones generosos, abiertos al bien, que vengan a coadyuvar en esta obra de cristiano amor hacia los hermanos más miserables. Quieran todos rogar por nosotros y recordar con benevolencia a nuestros queridos pobres; ellos, nada olvidadizos y muy agradecidos, rogarán siempre por sus bienhechores, y sus bendiciones los seguirán y los confortarán en todos los días de su vida.

A todos cuantos presten su concurso al "Pequeño Cottolengo Argentino", conceda el Señor el ciento por uno en la presente vida y eterna recompensa en el cielo.

Custodia, Reina y Madre del "Cottolengo Argentino", es María Madre de Dios, la Santa Señora de la Divina Providencia.

¡Oh, mi Santa Señora, he aquí que os he constituído Patrona y Madre; ahora os toca a Vos!

DON ORIONE
de la Divina Providencia

V

Regreso de Don Orione a Italia

Don Orione se embarca a bordo de la motonave "Neptunia", el día 6 de agosto.— Gran cantidad de personas concurren a despedir al gran Padre de los pobres.— Vida de Don Orione a bordo.— Su carácter.— Sus ocupaciones.— Un bautismo a bordo.

Después de terminado el almuerzo ofrecido por Don Orione hasta la hora de la partida, ignoro cuáles fueron sus ocupaciones, pues, al retirarme de su mesa, me despedí de él hasta vernos a bordo.

La partida estaba anunciada para las 20. No voy a detallar las alternativas de los últimos momentos que antecedieron a mi embarco, ya que mi propósito es solamente relatar los hechos que guardan relación con la vida de Don Orione, y no la mía. Sólo diré que mi espíritu, hondamente perturbado, anhelaba hallarse definitivamente al lado de quien significaba para mí un manto de protección y consuelo.

Aproximándose las 19, un auto me llevaba, cruzando las pobladas calles de la ciudad, dirección al puerto.

Un abismo de silencio embargaba mi espíritu, y en él, un solo pensamiento se repetía como interminable eco: "Una nueva vida".

Pocos eran los minutos que en realidad representaban un puente entre el desasosiego de mi alma, y la calma que renacería, tan pronto como me hallase definitivamente con el Rvmo. Don Orione.

Entre las últimas reflexiones que tejía mi mente, llegué al muelle del embarcadero. El "Neptunia" aparecía iluminado; las personas que habían concurrido a despedir a los viajeros repetían el espectáculo de análogas ocasiones.

Llegué a la planchada y subí a bordo. Un crecido número de personas transitaban por los puentes del buque. El cuchicheo de los pasajeros que recorrían o se estacionaban por las bordas o escalas, que debí trasponer, sonó en mis oídos, como bulliciosa algarabía, que repercutía en mi ya delicado estado espiritual. En medio de tanto bullicio, iba, casi mecánicamente, al encuentro de mi familia y en busca de Don Orione.

A poco andar, encontré a mis padres y hermanos, y no muy distante de ellos, vi a Don Orione. Se hallaba en la borda de la banda de estribor, rodeado de personas que discutían, indudablemente, el privilegio de hallarse los últimos momentos cerca de él. Después de abrirme paso entre sacerdotes, clérigos y amigos que lo rodeaban, llegué hasta él para saludarlo.

Mi presencia fué advertida por Don Orione, quien presuroso me extendió su mano cordialmente. Luego volví a mis familiares, a fin de pasar con ellos los postreros minutos, antes de la partida.

Eran ya cerca de las 20; el segundo toque de la sirena del barco anunciaba la inminente partida, y por lo tanto, señal para los no pasajeros, invitándolos a bajar a tierra.

Mis familiares se acercaron a Don Orione para despedirse; muchos sacerdotes y civiles lo asediaban. Todos pretendían buscar en él la última mirada de amoroso Padre, deseando, seguramente, recoger un último consuelo, lenitivo a la congoja e incertidumbre de no volver a verlo más.

Yo observaba algo más tranquilo la escena, al considerarme feliz, en compañía de ese distinguido y santo varón.

Mi serenidad, en medio de los más encontrados sentimientos de amor filial, me permitió leer, en el rostro de Don Orione,

la fortaleza de que hubo de revestirse, para no demostrar una visible emoción.

Sin embargo, sus ojos y su expresión, traicionaban su entereza y revelaban lo más íntimo de sus sentimientos. Esos ojos se fijaban por momentos en los sacerdotes de su Congregación. Esas fueron las miradas que a mi perspicacia llevaban más amor, más dolor. ¡Eran sus hijos... y los dejaba! ¡Eran los soldados de un ejército nuevo, a los que no asistiría de cerca en el combate! ¡Eran sus hermanos, compañeros de sacrificios, instrumentos de sus claras concepciones, de sus conquistas futuras! ¡Eran sus hijos, a quienes había formado para la caridad y forjado el carácter para el dolor! A ellos confiaba y en ellos depositaba toda la gloria de su Congregación. ¡Eran sus hijos, a quienes dejaba encomendado el cuidado de sus más grandes tesoros: los pobres, los enfermos!

Todas esas cavilaciones debieron apretar el corazón sensibilísimo de Don Orione.

Con todo, sobreponiéndose a sí mismo, paseaba inquieta la mirada de aquellos sus hijos a estos sus amigos, a quienes también guardaba un lugar privilegiado en su corazón. Todos sus bienhechores, todos los que habían rogado por él y su Obra, hallaríanse para él presente en esos momentos.

Su mano fué extendiéndose a todos cuantos lo rodeaban. Para cada uno tenía una palabra, una atención especial, una sonrisa amorosa, y dejaba en el alma de cada uno estampado el amor de su corazón.

De pronto, todos pusiéronse de rodillas, y Don Orione impartió su santa bendición.

En contados minutos, despejáronse de visitantes los salones y cubiertas del barco; el último toque de sirena fué la orden de levantar las planchadas. El "Neptunia" comenzaba a desprenderse del muelle; Don Orione, sus dos clérigos: Luis y Carlos, permanecían en la cubierta, sobre la borda, y yo con ellos.

Poco a poco fuimos alejándonos del muelle, hasta perder de vista a nuestros queridos. Don Orione, silencioso y emocionado, respondía con sus manos a los saludos y vivas que desde tierra le dirigían. No se olvidaba, sin embargo, de nuestras posibles aflicciones, y con dulces palabras, y a veces casi jocosamente, trataba de alentarnos y alegrarnos.

Una vez perdida la vista de la costa, fuimos a cenar. Por error de los camareros fuí destinado a otra mesa, de manera que me vi privado de cenar la primera noche en compañía de Don Orione.

Al día siguiente, llegamos a Montevideo. Eran las 10. Inmediatamente nos trasladamos a su casa central, donde fué recibido por sus sacerdotes.

Allí almorzamos, y a continuación, dió la bendición con el Santísimo. A las 14, ya nos hallábamos de regreso a bordo, y poco antes de las 16, zarpamos rumbo al Brasil.

Cinco días de navegación nos trasladaron a Río de Janeiro. Llegamos a puerto en horas de la mañana; allí lo esperaban a Don Orione, sacerdotes de su Congregación. Se albergó en la casa que tiene en esa gran ciudad, y dejó que, tanto sus dos clérigos, Carlos y Luis, como yo, en compañía de otro clérigo de su Congregación, con sede en ésa, fuéramos por separado a visitar la ciudad.

El mal tiempo reinante no nos favoreció, de modo que nos conformamos con un corto recorrido en tranvía por las principales calles céntricas, y nos volvimos a la casa de Don Orione. Dicha casa que conocí, algo apartada del centro de la urbe carioca, era de construcción algo anticuada; pero en aquellos momentos se hallaba en reparaciones.

Almorzamos, y pocos minutos después, en compañía del mismo Don Orione, regresamos en un auto de alquiler a bordo. En el trayecto, Don Orione no dejaba de expresarnos su ad-

miración por las bellezas naturales de tan pintoresca y simpática ciudad.

Llegamos a bordo, y zarpamos rumbo al Norte, para enfilar luego directamente hacia Gibraltar. Puedo decir que, a partir de Río de Janeiro, comenzó la verdadera vida de a bordo.

El camarote de Don Orione se hallaba ubicado lindando con el de sus dos clérigos argentinos, y el mío, apartado del suyo, no se encontraba muy distante.

Al despuntar el alba, Don Orione se levantaba y celebraba su misa en la pequeña capilla de a bordo. Contados pasajeros asistían a ella. En los domingos, ya era la asistencia regular.

No era Don Orione el único sacerdote de la embarcación; otros dos prelados viajaban, con destino a España.

La población de a bordo era, como suele acontecer en todo viaje de turismo, muy heterogénea, y por lo mismo, su ambiente, acompañado de suma despreocupación por todo lo que sea reflexión o espiritualidad.

Sin embargo, la presencia de Don Orione infundía profundo respeto y reverencia.

Yo, dada mi condición de civil, alternaba con los pasajeros. Así Don Orione prudentemente me lo había aconsejado, para tratar de distraerme.

Mi sorpresa fué muy grande, cuando por todos los rincones del buque oía, en las tertulias, hablar de Don Orione como tema necesario. Pronto me sumé yo, con extremado placer, a dichas conversaciones, y como todos sabían que viajaba en su compañía, comenzaron a acudir a mí, como intermediario de sus deseos.

No eran muchas las horas que Don Orione pasaba sobre cubierta. La mayor parte del tiempo lo pasaba en su camarote, preparando correspondencia. Al arribo de cada puerto, entregaba varias cartas, que debían enviarse a distintas partes del globo.

En los momentos que destinaba al descanso, apartado del bullicio de la gente, departía sobre cubierta con sus clérigos o también conversando amigablemente con algún pasajero que se acercaba para conocerlo.

A las horas del almuerzo y de la cena, concurría puntualmente a la mesa, donde lo acompañábamos sus clérigos y yo. En el transcurso de la comida, se mostraba siempre sumamente afectuoso, alegre y comunicativo. No perdía la oportunidad de relatar anécdotas de su vida y de su Congregación, que casi siempre las hacía rematar jocosamente, colocándose él en una situación generalmente ridícula.

En marcha a Río de Janeiro, el que escribe había hecho buenas migas con un joven uruguayo, de apellido Ricardi, que se trasladaba a Nápoles, para componer la escuadra de fútbol de dicha ciudad.

Al advertir Don Orione nuestra amistad, se interesó por él, y hasta me aconsejó que lo acompañara alguna vez a su mesa. Así fué como pude saber, por su propia manifestación, que aún no había sido bautizado. Con toda prudencia, y con el objeto de proceder asesorado, lo impuse a Don Orione del caso, quien me dijo que no lo abandonara y le hablara de la necesidad de recibir el santo Bautismo.

Yo confieso que me sentí algo cohibido al tener que cumplir una misión que creía hubiera podido corresponder con más justicia y mayores probabilidades de éxito, a los clérigos que lo acompañaban, y así se lo manifesté francamente a Don Orione.

Don Orione me respondió con estas palabras, que sobrepasaban la realidad:

—Tú, querido Daniel, eres el apóstol.

—Bien, Padre, yo lo haré, siempre que Ud. rece po mi éxito.

Así me prometió que lo haría; y bastó esa garantía para que yo me lanzara a la conquista de esa alma de Dios.

Comencé mi obra, no recuerdo cómo, pero sí sé decir que hablaba y Dios me ayudaba. Pronto conseguí interesarlo en las cuestiones de religión, y antes de emplear lo que yo juzgaba el último resorte, pensé que Don Orione, con su sola presencia, me dejaría el camino hecho. Lo invité a cenar en compañía de Don Orione y se lo presenté. El santo sacerdote, haciendo gala de extremada prudencia y virtud, dejó que transcurriera la cena, en un ambiente familiar y amable, poniendo gracia en todos sus relatos, e interesándose por la vida del joven Ricardi. Ya al final de la comida, me permití hacer una ligera insinuación respecto del bautismo, pero el joven me ganó de mano, manifestando a Don Orione sus deseos de ser bautizado.

En seguida Don Orione me dirigió una mirada inteligente, y me dió el formal encargo.

—Tú, Daniel, le enseñarás las nociones indispensables del catecismo, y cuando pasemos Gibraltar, haremos una solemne ceremonia y yo lo bautizaré.

Al contemplar el rostro de mi amigo, iluminado de alegría, me aseguré que junto a Don Orione nada podía fracasar. Al día siguiente, recibí un catecismo e inicié la honrosa misión.

En contados días, tuve al corriente de todo lo necesario a mi joven amigo, a quien, por su parte, animaban deseos vehementes de ser bautizado.

Terminado el corto aprendizaje, lo llevé a Don Orione, para el examen.

Ese día todo quedó dispuesto.

Habíamos cruzado el estrecho de Gibraltar, escoltados por naves de guerra de la Real Marina Italiana. Viajaba a bordo el presidente del Senado Italiano, Comendador Federzoni, y una delegación de jóvenes *balillas*, que habían visitado los países de América.

Don Orione mandó llamar al joven Ricardi, y le expresó que el domingo siguiente sería bautizado. Y con gran asombro

de todos los que escuchábamos la conversación, le manifestó que tendría por padrino al Excmo. Sr. Federzoni, y por madrina, a su señora esposa.

El joven Ricardi quedó confundido, y no pudo a menos de expresar a Don Orione lo que él consideraba una inmerecida deferencia.

Las últimas lecciones de catecismo le fueron impartidas por los jóvenes clérigos argentinos, y llegó el día suspirado.

En el salón de primera clase se había levantado un artístico altar. A las 8, hora indicada para la celebración de los sagrados oficios, el lujoso salón de fiestas del trasatlántico hallábase atestado de pasajeros. Todo el cuerpo de jóvenes *balillas*, con sus vistosos uniformes, formaban a uno y otro lado del altar, y frente al mismo, se ubicaron el Excmo. Dr. Federzoni y su distinguida esposa, el comandante del barco y su oficialidad.

Don Orione comenzó la ceremonia, bautizando solemnemente al joven Ricardi, entre el silencio religioso y emoción profunda de cuantos se hallaban presentes. Al terminar las últimas palabras del bautismo, el Rvmo. Don Orione abrazó y besó con sensible emoción al nuevo hijo de la Iglesia. Lo propio hicieron los distinguidos padrinos, dejando impreso en el ánimo de todos un recuerdo que difícilmente podrá borrarse.

Acto seguido, comenzó la santa misa, y al llegar al Evangelio, Don Orione predicó por espacio de veinte largos minutos, destacando la espiritualidad de la ceremonia, el significado especial que revestía tal acontecimiento, cuando la situación internacional dejaba prever ya un principio de caos. ¡Cuánta diferencia entre la paz del alma en plena gracia de Dios, y el vaivén de las miserias humanas y la incomprensión de los hombres!

Finalizado el sacro rito, Don Orione distribuyó la santa comunión, siendo el primero en recibirla el joven Ricardi. Luego, a bordo, todo volvió a su ritmo habitual.

Los últimos tres días de viaje fueron para Don Orione de una mayor preocupación y de lucha con sus propios sentimientos, al verse acercar a su tierra natal.

La última cena realizada a bordo, tuvo, para quienes lo acompañábamos, particular y hondo significado.

Esa noche, mi buen protector tuvo a bien invitar a su mesa al Capellán del barco; en ella nos hallábamos también sus clérigos y yo.

Don Orione se mostró particularmente satisfecho, embalsamando su conversación con mayor dulzura y benevolencia, si cabe, que de ordinario.

Al terminar la cena, tuve una ocurrencia. Tomé de la mesa el cartón del *menú*, y para conservar un recuerdo, lo coloqué ante Don Orione, pidiéndole que lo firmara. Don Orione, al oírme, sonriendo me preguntó que objeto tenía. Se lo expliqué. Entonces, tomó resueltamente el *menú*, cabalgóse sus modestas gafas, empuñó la lapicera y escribió... Al terminar, leyó él mismo lo siguiente: "Don Orione ha bebido mucho y está borracho. (Fdo.) Don Orione".

Pronunció con énfasis sus últimas palabras y me entregó el cartón, diciendo:

—Toma, Daniel; cuando me quieran canonizar, tú te presentas con esto y dices y muestras lo que Don Orione escribió.

Todos lo miramos con cierta extrañeza, pero yo pronto reaccioné, pensando en las acostumbradas y oportunas bromas de Don Orione.

—¿Cómo, Padre? — repuse; — lo que Ud. dice implica que yo viviré hasta que a Ud. lo quieran canonizar; lo cual supone, o que Ud. será muy pronto canonizado, o el caso contrario, que yo viviré mucho tiempo.

Don Orione se rió, y cabeceó en señal de asentimiento. Luego hice firmar a todos los presentes, y finalmente firmé yo también.

Así dióse por terminada la última cena de a bordo, dejando en mi alma un recuerdo de dulce sabor. Don Orione está siempre alegre, siempre dispuesto a repartir caridades y consuelos, siempre amigo de todos.

Aquel Dios que es el gran Padre de todos, que piensa en el pajarillo del aire y viste a los lirios del campo, envia con mano benéfica el pan cotidiano, esto es, aquel que se necesita cada día.

Nuestro Banco es la Divina Providencia y nuestra bolsa está en vuestro bolsillo y en vuestro corazón.

Don Orione

BUSCANDO VOCACIONES

El Rvmo. Don Orione escribió, durante los últimos años de su vida, la siguiente circular, que pone de relieve su espíritu apostólico por conquistar nuevas vocaciones.

La circular dice textualmente así:

¡Almas y Almas!

A los Muy Reverendos Señores Curas Párrocos y Sacerdotes, y en general, a los amigos y simpatizantes de la "Pequeña Obra de la Divina Providencia".

Muy Reverendo Señor:

¡Que la paz de Nuestro Señor Jesucristo sea siempre con vosotros!

Quisiera llegarme personalmente ante V. S., pero, siéndome esto imposible, aprovecho su bondad y ruego a Ud. se sirva escucharme, aunque sea por escrito y desde lejos.

Quedaré sumamente agradecido a V. S., si quiere cooperar conmigo en buscar santas vocaciones, pues éste es el fin por el cual me permito molestar a Ud. *in Dómino:* vengo en busca de vocaciones. Y busco de una manera muy especial a jovencitos que muestren deseos de ser Sacerdotes o Hermanos Coadjutores, y estén dispuestos, con la conformidad de sus respectivas familias, a incorporarse a esta naciente Congregación de los "Hijos de la Divina Providencia", que, bendecida por el Vicario de Jesucristo y los Obispos, ha podido en poco tiempo, establecerse también fuera de Italia: en Rhodas, en Palestina, en Polonia, en Norte América, en Inglaterra, en Brasil, en Uruguay, y en esta nobilísima República Argentina, en donde, con la bendición del Excelentísimo Señor Nuncio Apostólico y de los Ilustrísimos Señores Arzobispos de Buenos Aires y de La Plata, ha abierto últimamente su Casa de Noviciado y su

Colegio Apostólico o Aspirantado en Claypole (Bs. Aires), F. C. S.

Esta pequeña Congregación está siempre dispuesta a recibir niños pobres, con tal de que den buenas esperanzas para la Iglesia, proponiéndose educarlos, con la gracia de Dios, en la doctrina de Jesucristo, en ardiente y sólida piedad eucarística, en férvido espíritu de caridad y apostolado, cuidando, de una manera particular, de que, en su formación intelectual y religiosa, SIENTAN CON LA IGLESIA.

La mies es abundante

"La mies es abundante, pero los obreros son pocos".

Hermano, procuremos obreros, y buenos obreros, para los inmensos campos de la fe y de la caridad.

La sagacidad experimentada de V. S. habrá, sin duda, notado en algún niño de condición humilde, síntomas de celestial vocación; son éstos los pequeños Samueles que la Providencia Divina viene continuamente suscitando para servir a la Iglesia y dilatar el reinado de Dios en el mundo.

Yo no vengo, no, para cosechar: dejo que cosechen los obispos para sus seminarios; pero, después que los señores Curas Párrocos han hecho entrar en los seminarios a los que han podido y querido, vengo yo también, en el nombre del Señor, para espigar entre los rastrojos, las espigas que han quedado atrás, las humildes espiguitas, que, abandonadas, podrían malograrse. Y, con la gracia de Dios, trataré de sacar también, de estas espigas, alimento y pan de vida para las almas.

Muchos son los llamados...

"Muchos son los llamados para el servicio del altar, escribió aquel gran siervo de Dios que fué Don Rúa, pero muchos se malogran, por no hallar a quien los pueda ayudar". Si, por

lo tanto, V. S. hubiese descubierto, entre los niños que concurren a su iglesia, algún niño pobre, tal vez algo menospreciado, pero con el candor de la inocencia y los signos de vocación al servicio de Dios, permítame que yo le pida humildemente que se sirva Ud. enviármelo.

Vocaciones para la "Pequeña Obra de la Divina Providencia"

En los últimos años he recibido, en Italia, a centenares de estos niños y jóvenes, que han dado resultados muy satisfactorios.

Este año, *Deo adjuvante,* confío poder recibir a otros centenares en las varias Casas que acabo de construir, para hacer de ellos otras tantas piedras vivas para el Santuario. Ultimamente he abierto otro gran seminario en Tortona, con capacidad para trescientos. Otras casas de formación tenemos en Voghera (Lombardía), en Montebello (Pavía), una Escuela Apostólica en Campocroce de Mirano (Venecia), otra en San Severino Marchie (Macerota) y otras casas de formación en Calabria, en Roma, en Liguria, y luego el Noviciado en Brá (Piamonte).

Me parece que ha llegado el momento de recibir y formar personal argentino, mucho personal, elegido entre las familias piadosas de esta noble nación, en donde tanto fervor se brinda a nuestra Congregación naciente y tan vastos campos de acción le abre la Divina Providencia. Ya tenemos un buen número de jóvenes y niños que se están preparando en el Noviciado abierto y ampliado últimamente en Claypole.

Pero quisiera recibir a muchos, muchísimos más niños y jóvenes argentinos, y preparar con ellos las huestes de la Divina Providencia, para las futuras pacíficas conquistas en el campo de la caridad y del sacrificio.

Tenemos clases preparatorias para los aspirantes que no

fueran bastante preparados para los cursos de latinidad. Ofreceré a todos, las mayores facilidades posibles. La Virgen Santísima y San José me han de ayudar.

Ideal sagrado

Las vocaciones de niños pobres al sacerdocio es, después del amor al Papa y a la Iglesia, mi más querido ideal, el amor sagrado de mi vida.

Misericordiosamente llevado por la mano de la Divina Providencia, para ellos he empezado esta "Pequeña Obra", para ellos ha sido abierta nuestra primera casa en Tortona (Italia), a saber, para los que el señor Obispo no había podido, a pesar suyo, admitir en el Seminario. Dios dió incremento a la iniciativa: se han preparado muchos buenos sacerdotes, y hasta obispos. Por las vocaciones de niños, ¡cuánto he andado! ¡Cuántas escaleras he subido! ¡Cuántas puertas he golpeado! ¡Y Dios me lleva adelante, como estropajo suyo!...

He padecido hambre, sed, las humillaciones más dolorosas; y, sin embargo, parecían bizcochitos de Dios!... También me he cargado con deudas, pero Dios nunca ha permitido que hiciese bancarrota. Y estimaría como favor grande el que Jesús quisiera concederme andar mendigando, por las vocaciones, el pan hasta el fin de mi vida.

Vocaciones tardías

HERMANOS Por el carácter propio de esta Congregación, vengo en busca de vocaciones, y también de vocaciones tardías, tanto para sacerdotes, como para hermanos legos coadjutores, de los cuales tenemos extrema necesidad, tanto en la Argentina como en el extranjero. Admito también a hombres de edad madura, también viudos, con tal que sean libres, a hombres del campo y

artesanos, a la sola condición de que gocen de buena salud y tengan buena voluntad.

Todos los que se sientan llamados, capaces de ayudarme en el ejercicio del apostolado de la caridad en los colegios, oratorios festivos, colonias agrícolas, en las escuelas de artes y oficios: imprenta, talleres mecánicos, carpinteros, etc., como también en los asilos, "Cottolengos" y Casas que la Divina Providencia viene abriendo para la salvación de la juventud y alivio de los humildes, todos pueden hallar su nido, su puesto de trabajo, porque en esta Institución de caridad: *Mansiones multae sunt.*

El que persevere, quedará con nosotros como en su casa, tanto enfermo como sano, por toda su vida.

Los ermitaños

Para los desengañados del mundo que quisieran darse a Dios en una vida de recogimiento, de oración y de ocultamiento, tenemos los *ermitaños.*

Los ermitaños de la Divina Providencia viven en la paz de la soledad, orando y trabajando. También admitimos aspirantes de edad joven, como ya los admitía San Benito.

Para los aspirantes de las Repúblicas del Plata, ya tenemos una comunidad de Ermitaños en La Floresta (República del Uruguay, Departamento de Canelones); se dedican a la agricultura y a la oración; tienen el rezo a medianoche.

Las misioneras de la Caridad

Y ¿después?... Después, todavía no he terminado, porque también tengo Religiosas.

La Divina Providencia está jugando. Desde hace unos cuantos años ha puesto en mis manos una Congregación de Religiosas, llamadas "Misioneras de la Caridad". Ya se ha ex-

tendido en Piamonte, Lombardía, Véneto, Emilia, en los Romaños, en Roma, en Calabria y hasta en Polonia.

Varias de ellas han llegado últimamente al Uruguay y Argentina, en donde, entre otras cosas, se hicieron cargo de la asistencia de los pobres enfermos y ancianos del "Pequeño Cottolengo Argentino".

Cuántas sean, no lo sé decir. Sólo sé que las Hermanas en general son un poco como las hormigas: se dan maña, crecen, se multiplican como las hormigas. Sin embargo, son siempre inferiores a la necesidad, porque me piden Religiosas de todas partes, para asilos infantiles, escuelas, asilos de ancianos y mendigos, hospitales, etc. Ahora necesito muchas hermanas de sacrificio y buena voluntad, para asistir a los pobres del "Cottolengo Argentino".

Otras fundaciones

Hay también una sección de Hermanas para viudas. Tengo también las Hermanas ciegas: son Adoratrices.

Y ¿después?... Después, si la Divina Providencia continuare... ya veréis, dentro de pocos años, qué saldrá de las manos del Señor!...

Todo lo hace Nuestro Señor... Casi diría que está jugando.

Quien ha hablado por boca de la burra de Balaam, no ha hallado en el mundo criatura más miserable que yo, para que se sepa que todo bien viene de El.

Condiciones de admisión

No busco ni dote, ni dinero; no pongo límites de edad para nadie: sólo busco buen espíritu, buena salud y voluntad de amar y servir a Jesucristo, de trabajar en humilde obediencia, de sacrificarse en la caridad, ayudando a los pobres, y sirviendo a Jesucristo en sus pobres.

Pues nosotros somos para los pobres; antes.. para los más pobres y desamparados.

El nuevo Fray Galdino

¡Fíjese un poco, querido señor y hermano mío en Jesucristo, cuántas molestias le ocasiona este nuevo Fray Galdino, de la Divina Providencia!...

El noto Fray Galdino de Manzoni se conformaba con buscar nueces; yo, al contrario (¿será culpa de los tiempos que progresan?...) Si Ud. se descuida... acabaré por buscar y llevarme a Ud. también!... Y ¿quién sabe?... Quizá que un día... ¡Dios quisiera!...

Por el momento, me conformo con pedirle humildemente se digne enviarme vocaciones, buenas vocaciones, santas vocaciones!...

¡Almas y Almas!

¡Almas y Almas! ¡Busco almas! Trato, con la ayuda de Dios y de V. S., de suscitar buenos religiosos, santos sacerdotes, apóstoles...

¿Quién no me querrá ayudar? ¡Hágaseme esta caridad, por el amor de Jesucristo bendito!

Confío en Nuestro Señor Jesucristo y en la inteligente bondad y celo de V. S.

Por todo cuanto Ud. hiciere, quiera Dios bendecirle con una bendición amplia y abundante!...

Rogaré siempre por Ud. y le prometo quedarle para siempre agradecido, sobre todo en la santa misa.

Permítame ahora que lo abrace fraternalmente *in ósculo Christi*, y créame su humilde y agradecido servidor.

DON ORIONE
de la Divina Providencia

Discurso pronunciado por el Rvmo. Padre Don Luis Orione por L R 1, Radio "El Mundo"

Amigos y hermanos en Cristo:

Al pie de la gran Cruz del Congreso Eucarístico nació una humilde obra de caridad. Una obra que fué bendecida por el Eminentísimo Cardenal Primado, por el Excmo. Señor Nuncio de Su Santidad y por el Episcopado Argentino, que fué confortada con los votos fervientes del pueblo. Es el "Pequeño Cottolengo Argentino", que tiene su dirección central en la calle Carlos Pellegrini 1441 y sus institutos en Claypole y en Avellaneda.

Hoy se prepara a abrir un consultorio médico gratuito, para los obreros, en uno de los barrios más pobrecitos, cerca de Nueva Pompeya. El consultorio funcionará en las horas en que los obreros estén libres de su trabajo. Estará dirigido y atendido por el Consorcio de Médicos Católicos.

El "Pequeño Cottolengo Argentino" acoge a los pobres más necesitados y abandonados, que no pueden ser recibidos en otros institutos de beneficencia. Los recibe de cualquier edad, de todas las razas, de todos los credos. A la puerta del "Cottolengo" no se pregunta al pobre quién es, ni si tiene patria o religión, sino si tiene un dolor.

El "Pequeño Cottolengo Argentino" se rige in Domino: sobre el fundamento de la fe; vive in Domino: de la Divina Providencia y de vuestra generosidad; se gobierna in Domino, esto es, con la Caridad de Cristo: todo y sólo por amor, hasta el holocausto de nuestra vida con el Divino Auxilio.

Don Orione

Sobre la puerta del "Cottolengo" se leen estas palabras: "*Charitas Christi urget nos*": La caridad de Cristo nos urge. Toda la historia de la humanidad redimida, y de la Iglesia, se compendia en estas palabras de San Pablo: "*Charitas Christi urget nos*"!

Mientras Cristo - Dios engendraba el amor a Dios, Cristo - Hombre engendraba el amor a la humanidad. E inspiraba a este amor el carácter de pasión sublime y santa, hasta el delirio, hasta el sacrificio.

Tratemos de encontrar este amor antes de la venida de Cristo. ¿Qué nos decían los antiguos maestros? No diré que no hayan dicho nada. Hay fragmentos de filósofos en que se habla de hospitalidad, de piedad. Cicerón dice que la piedad es cosa propia del género humano. Séneca tiene bellas palabras que expresan sentimientos de humanidad, pero su testimonio es sospechoso, porque en su tiempo ya el cristianismo había puesto su sello en el mundo.

Pero ¿qué podía valer alguna palabra suelta, murmurada en una escuela, encerrada en un libro? ¿Qué fuerza podía tener para vencer el egoísmo que dominaba la tierra? Leed a los filósofos, a los poetas de la antigüedad: han escrito sobre la pobreza, sobre la servidumbre, sobre la mujer, cosas que hacen estremecer de dolor. ¿No es el austero Catón quien exhorta a vender a los viejos servidores, como a los bueyes, cuando ya no sirven? ¿No es Séneca quien, hablando de hacer morir a los niños enfermos, según era costumbre, decía que esto no era obra de corazón, pero sí de razón? Galieno mandaba recoger a todos los pobres de su imperio, para hundirlos en el mar. Y el mismo Séneca no vacilaba en enseñar que la compasión es digna de un ánimo débil.

He aquí, queridos hermanos, lo que era el amor de la humanidad antes de Cristo.

Pero apenas Jesús expira sobre la Cruz, una nueva humanidad aparece. Queda fundado el reino del amor puro, desinteresado: se ama al hombre por el Hombre-Dios.

Pero el mundo era incapaz, no diré de inspirar este amor, de sentirlo, de organizarlo, pero ni siquiera de comprenderlo. Por eso la caridad, incomprendida del mundo, se escondió en las catacumbas: allí la caridad de los mártires vivió entre las espadas, las torturas, la misma muerte. ¿Qué digo! Allí los cristianos que al día siguiente serían perseguidos o arrojados a las fieras, se preparaban las vísperas rogando por los tiranos que los condenaban.

Y desde entonces, todo se puso a conspirar contra la caridad, los prejuicios, las costumbres, las instituciones, la filosofía, los reyes... Pero no temáis, la victoria no puede fallar. De una parte, el mundo con toda su fiereza, con su soberbia, su fuerza brutal. De la otra, el amor a Jesucristo, más fuerte que la muerte, la sed de padecer por El, el orgullo de padecer como El. ¡Y la caridad triunfa!

La vieja civilización romana comienza entonces a dar al mundo un espectáculo nuevo: he aquí que surge una sociedad en la cual se respeta, tanto en el hombre la más noble de las fuerzas, como en la mujer la más sagrada de las debilidades; entonces se comprende que el esclavo tiene un alma y que todas las almas son iguales ante Dios, ante la inmortalidad.

Y esta generación penetra hasta el palacio de los Césares y es el punto de partida de la transformación social.

Pero la caridad no se detiene aquí, sino que va a invadir el mundo, a cubrirlo de sus beneficios. Todo cambia de aspecto, y se realiza la palabra de Virgilio: "Un orden nuevo, una nueva progenie ha bajado del alto cielo"; es la progenie de los santos engendrados por la caridad.

¿Qué es, pues, la caridad? Es esto: reconocer en los débiles a los hijos de Dios, a los más redimidos por Cristo, a los predi-

lectos de la Iglesia, a nuestros hermanos más queridos. ¡He aquí la caridad! La caridad, que es el precepto propio de Cristo. "El mundo conocerá que sois verdaderamente discípulos míos, si vosotros os amáis unos a otros como Yo os he amado a vosotros".

Es la caridad la divina virtud que anima, vivifica y hace que sea santa la Iglesia de Cristo y la vida nuestra. Sin ella, oh hermanos, nuestras acciones serían estériles para la salvación.

Lo ha dicho el Apóstol San Pablo: "Aunque mi fe fuere tan viva como para transportar las montañas, aunque hablase yo todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, sería nada si me faltase la caridad".

¡Oh caridad sobrehumana, que no buscas lo que es tuyo, mas hallas tu felicidad en poder hacer todo bien a los otros; que tienes siempre un bálsamo para cada herida, un consuelo para cada dolor! Tú triunfas del mal con el bien; no te detienen la incompresión, la ingratitud, la hostilidad de los hombres, y te haces toda para todos, reniegas de ti misma, no piensas en tu propia cruz, sino sólo en aliviar y compartir la cruz de los otros. Eres tú, oh caridad de mi Dios, la que sales, con los brazos abiertos, al encuentro de todos, a levantar a la humanidad, a aumentar las fuerzas espirituales, a realizar las más grandes maravillas; eres tú la que, con el pecho inflamado, repites el grito de San Pablo: *"Charitas Christi urget nos"*: el amor de Cristo me urge. Tú cantas, no la gloria del hombre, sino la

A Vos, oh amorosa Providencia de mi Dios, humildemente y de rodillas, ofrezco y consagro, *por las manos de la Purísima Madre de Dios, el "Pequeño Cottolengo Argentino".*

Don Orione

de Dios; tú sola, caridad de Cristo, tú sola sobrevivirás a los hombres y a los tiempos, porque tú sola eres el espíritu y la vida que no muere; tú sola eres la que edifica y unifica en Cristo; tú sola omnipotente y triunfadora de todas las cosas.

Amigos y hermanos argentinos: humilde flor de caridad es vuestro "Pequeño Cottolengo"; os invito a visitarlo. El acoge a nuestros hermanos más necesitados, más abandonados, a esos que el mundo rechaza y cree ser el desecho de la sociedad, y que el "Cottolengo" llamará *sus perlas.*

Venid, y estoy seguro que quedaréis conmovidos; os vendrá espontánea la idea de que si la Argentina es la nación de corazón grande, su "Pequeño Cottolengo" tendrá que ser, por vuestra cristiana e inteligente caridad, uno de los brillantes de su corona.

El "Cottolengo" vive sin renta alguna, y en el segundo aniversario de vuestro Congreso Eucarístico, sus pabellones se han llenado por completo, y hasta ahora no tiene un centavo de deuda.

Mientras con mi frente pegada al suelo doy gracias a Dios —a quien pertenece solo todo honor y gloria—, agradezco con el ánimo conmovido a todas las autoridades y a nuestros bienhechores, y dirijo un cálido llamado a los corazones generosos, para que quieran adelantarme y permitirme tener nuevos pabellones y poder aceptar a otros hermanos infelices, al menos los casos más tristes y más urgentes.

Levantemos, oh amigos, el noble edificio de la caridad sobre las ruinas de todo egoísmo; interesémonos, *pero seriamente*, por los pobres, por los humildes, por los más necesitados; será esto un modo de canalizar eficazmente el torrente cenagoso del comunismo, que amenaza arrastrar con todo. Realicemos la caridad. Y en esta hora del mundo, hora tan triste y tan dolorosa, resolvamos, oh amigos, conservar inextingui-

ble, antes, siempre más abrasador el sagrado fuego del amor a Cristo y a los hombres. Y practiquemos la caridad en especial modo, tendiendo fraternalmente la mano y el corazón a las clases proletarias, a los pobres obreros, a los más humildes e infelices. Difundamos en el pueblo, en la juventud, en la Patria, este vivificante y cristiano amor.

Sin este sagrado fuego, que es amor y luz, ¿qué quedaría de la humanidad? Embotada la inteligencia, el corazón gastado y frío más que el mármol de un sepulcro, la humanidad viviría debatiéndose entre dolores de toda clase, sin consuelo alguno superior, entregada sin reparo a las traiciones, a los vicios, a sañas sin cuento.

¿Qué sería del hombre y de la civilización, cuando, dominadas por el egoísmo y las bajas pasiones, envenenadas por las deletéreas teorías comunistas, las masas populares quebrasen toda ley y todo orden de honesto vivir cristiano y civil? Después de perder la fe, negarán a Dios, negarán también a la Patria, y, sedientos de odio y de sangre, se levantarán furiosos con las hachas, el fuego y la dinamita. El mundo resultaría presa de las llamas, los hombres acabarían por despedazarse, como nunca se ha visto ni entre las fieras.

¿Qué ganaría la humanidad negando y apostatando la caridad de Cristo? Con Cristo todo se eleva y todo se nobiliza: hogar, amor de Patria, ingenio, artes, ciencias, industrias, progreso, organización social: sin Cristo, todo decae, todo se ofusca, todo se quiebra: el trabajo, la civilización, la libertad, la gloria, la grandeza del pasado; todo queda destruído, todo muere.

Argentinos: Buenos Aires tendrá la ciudad de las diversiones, Buenos Aires tendrá la ciudad de los estudios: Que el "Cottolengo Argentino" sea mañana la "Ciudad de la Caridad"; que realice en Cristo, para honor inmortal de vuestra patria, el verso sublime de Dante: "La caridad no cierra puerta alguna": "*La nostra carità non serra porte*". Deo gratias!

... Pero quisiera recibir a muchos, muchísimos más niños y jóvenes argentinos, y preparar con ellos las huestes de la Divina Providencia, para las futuras pacíficas conquistas en el campo de la caridad y del sacrificio.

Don Orione

INSTITUTO TUPASI SAN MIGUEL DON ORIONE

VI

Arribo a Nápoles

Se emociona Don Orione al avistar la tierra de su patria. — Distinguidos prelados de su Congregación hállanse esperándolo. — Su primera misa es celebrada en la iglesia de Nuestra Señora de Pompeya. — Viaje de Nápoles a Roma. — Breve estadía en Roma. — Don Orione parte con sus dos clérigos a Tortona. — Mi permanencia en su gran casa y colegio de la Vía Appia Nuova. — Mis relaciones con sus sacerdotes, nuevas pruebas del amor y caridad de sus discípulos.

Era la mañana del veinticuatro de agosto. Cerca de las 7, ya nos hallábamos sobre cubierta, esperando entrar en el puerto final de nuestro viaje.

El tiempo frío y lluvioso no era, en realidad, propicio para el recibimiento de tan benemérito viajero. No obstante, tanto Don Orione como nosotros nos hallábamos complacidísimos en contemplar la tierra italiana, a costa de aún mayores inconvenientes.

El barco avanzaba majestuoso, enfilando su proa hacia la hermosa bahía, como desafiando imponente aquel contrafuerte de montañas que iban apareciendo a nuestra vista. Yo escrutaba el horizonte, buscando en aquella tierra lejana, que iba acercándose a mí, el alma de mis antepasados, la historia gloriosa de una nación que desde lejos había conocido a través de los libros.

Miraba a Don Orione; él era mi guía en esos momentos de culminante emoción; debía, sin duda, revelarme en sus pa-

labras o en su semblante cuáles sentimientos embargaban su alma y corazón.

Lo miraba... y decía en mis adentros: Aquí está, Don Orione, tu patria. Díme, ¿qué sientes?

Y el semblante de Don Orione me respondía. Sus ojos humedecidos de lágrimas me hablaban más de lo que yo esperaba. Y a esas lágrimas acompañaba algunas palabras nacidas del fondo de su alma y que brotaron irresistibles.

—¡Nápoles, — decía —, Nápoles, Daniel! Ahora la verás. ¿Sabes lo que dicen los italianos? *Vedere Napoli e poi morire.* ¿Sabes por qué? Después te lo diré.

Yo no me atrevía a interrumpir el curso de los pensamientos de Don Orione; lo mismo parecían entender sus dos clérigos.

Los cuatro permanecíamos en silencio, y sólo Don Orione lo interrumpía, para dejar salir de sus labios estas palabras:

—¡Italia! ¡Nápoles!

Entretanto, el "Neptunia" ya se hallaba muy cerca del muelle.

Como el tiempo era algo nublado, no era fácil distinguir quiénes se hallarían esperándolo desde tierra.

A medida que nos íbamos acercando y el barco realizaba las maniobras preliminares para atracar, Don Orione se esforzaba por distinguir a los sacerdotes que se hallaban en el muelle.

De pronto, el rostro de Don Orione se iluminó con satisfacción muy grande, y nos dijo:

—Veo al obispo de mi Congregación. ¿Sabes que tengo un obispo, Daniel?

—Sí, Padre, — le dije.

—Pues, ahora lo conocerás.

Poco a poco fué distinguiendo a los demás sacerdotes que habían ido de diferentes puntos de la península para recibirlo y agasajarlo.

El barco amarró y sus planchadas rápidamente se extendieron, para dejar libre el desembarco. En contados minutos traspusimos la planchada y pisamos tierra italiana.

Todo mi afán era observar a Don Orione. ¡Con qué ternura y humildad abrazó y besó la mano al obispo de su Congregación! ¡Con qué afecto de Padre, que volvía al hogar de sus hijos, abrazaba a cada uno de ellos! Todos le preguntaban por su salud, por los sacerdotes que había dejado en ésta. Don Orione les respondía:

—No me preguntéis por mí; habladme de vosotros.

Pasaron fugaces esos minutos de cordial acogida, y Don Orione dispuso ir al santuario de Nuestra Señora de Pompeya, que está situado casi a las faldas del Vesubio.,

Ubicado Don Orione en un taxímetro con algunos de sus sacerdotes, y el que escribe en compañía de los clérigos en otro auto, nos pusimos en marcha hacia la célebre basílica.

Por un firme camino macadamizado, siguiendo la serpenteante ruta, voló nuestra pequeña caravana hasta el trono de la milagrosa Virgen del Rosario de Pompeya.

No es para describir la admiración que causa el espectáculo soberbio que ofrece el campo a ambos lados del camino, aquel campo nuevo para mí, que, cultivado palmo a palmo, no deja intersticio claro desaprovechado y que revela el arraigado y exquisito espíritu de trabajo del pueblo italiano para las faenas de labranza.

Mientras nos extasiábamos en la contemplación de tantas bellezas, llegamos al pie de la gran basílica. Descendimos, y Don Orione se encaminó directamente al interior del santuario. Todos lo seguimos. En el altar mayor celebró el santo sacrificio de la misa, en poco más de media hora.

Visitamos luego los alrededores del santuario, hasta la hora de almorzar, en que, reunidos en un modesto restaurante, se nos sirvió el primer almuerzo en tierra italiana.

En un ambiente de cordial alegría, Don Orione no dejaba de participar en nuestras charlas y recordaba con gratitud sincera muchos de los felices días pasados en la Argentina, entre sus nobles y generosos habitantes.

Terminado el almuerzo, y tras breve descanso, resolvióse emprender viaje a Roma; algunos sacerdotes, sus dos clérigos y yo haríamos el viaje en auto, mientras él se trasladaría por tren.

Así, pues, nos despedimos de Don Orione hasta encontrarnos en Roma. Pero Dios permitió que durante el trayecto el auto sufriera un desperfecto, que nos obligó a continuar el viaje por tren. En otro coche, pues, fuimos conducidos a la estación más próxima del ferrocarril, y allí esperamos el tren que nos conduciría a Roma.

No fué mucha la espera y llegó el expreso que debía conducirnos a Roma. Al frenar el tren su velocidad, mientras entraba en la estación, advertimos por las ventanillas la presencia de varios sacerdotes, y con suma alegría y sorpresa grande constatamos estar entre ellos el mismo Don Orione. Esa casual circunstancia serenó mi espíritu y pude convencerme una vez más, de que la sola presencia de Don Orione significaba para mí mucho más que todo cuanto me rodeaba.

El tren expreso cubre la distancia entre Nápoles y Roma en cuatro horas y media.

Paso por alto el relatar detalles sobre el trayecto por largos túneles, entre montañas rocosas y sobre fértiles y pintorescas campiñas.

Llegamos a la estación Termini en las últimas horas de la tarde.

Al descender del tren, experimenté una de las emociones más grandes y gratas de mi vida. Me hallaba en la ciudad centro del mundo cristiano, en la ciudad eterna, en la ciudad de los Pontífices y de los Césares, en la famosa Roma.

La iluminación de sus calles y casas, su edificación, el murmullo de su población se imprimían en mi espíritu, como haciéndome creer que me hallaba en otro mundo o que estaba soñando.

Rápidamente cruzamos en auto las arterias céntricas de la ciudad y llegamos a la casa que Don Orione tiene levantada en la ancha y moderna Via Appia Nuova. Ella une el centro de Roma con Castel Gandolfo, lugar de residencia veraniega del Santo Padre.

A poco de llegar, cenamos en compañía de muchos sacerdotes, que habían concurrido a presentarle sus enhorabuenas.

Luego Don Orione, en su extrema inexplicable caridad, dispuso se me arreglara la habitación que él acostumbraba ocupar, como asimismo que al día siguiente se me llevara a la ciudad de Castel Gandolfo, para ver al Sumo Pontífice. El partía esa misma noche para Tortona, en compañía de sus dos clérigos argentinos, y me dejaba a mí en Roma unos días, para visitar y conocer la ciudad.

La hermosa y espaciosa casa que se levanta en la Via Appia Nuova, linda con una magnífica iglesia y parroquia a la vez, no muy lejos de San Juan en Letrán, y forma parte de la corona de históricas iglesias que rodean y se engarzan a guisa de perlas en la parte moderna de la gran ciudad.

La fachada exterior del colegio adjunto no tenía, cuando llegué, el aspecto que merecía; pero en una visita que realicé poco antes de emprender mi viaje de regreso a ésta, pude contemplar la nueva construcción, que ya se hallaba bastante adelantada, y adivinar la hermosa perspectiva que ofrecería para el futuro.

Pasé la noche como febriciente, dudando si soñaba dormido o cavilaba despierto, pero al alba me levanté con ansias vivas de visitar la ciudad.

Un joven sacerdote de la Congregación de la Divina Providencia, polaco de nacionalidad, me invitó a pasear en su compañía. Así, pues, recorrí la Ciudad Eterna, conociendo la Ciudad del Vaticano, la monumental basílica de San Pedro y las principales iglesias y monumentos de la ciudad.

El mismo me acompañó también en la audiencia que el Sumo Pontífice concedió a un grupo de turistas americanos.

Durante varios días permanecí en Roma, visitando lo que más atraía mi curiosidad e interés. Mi casa era la casa de Don Orione y me imaginaba ser Italia mi propia patria; pues parecíame hallarme rodeado por los sacerdotes de Italia, con el mismo afecto de los sacerdotes que había tratado en la Argentina.

Me prodigaban toda clase de atenciones, me regalaban con sus bondades continuas y en su compañía jamás me sentí intranquilo, pero dábame la sensación de ser ellos mis amigos, más aún, mis verdaderos hermanos.

Estas nuevas relaciones con los sacerdotes de Don Orione de allende el Atlántico, tantas manifestaciones de bondad y caridad, me dieron el convencimiento pleno de que eran ya fruto de una semilla fértil, dejada caer de los cielos para bien de la humanidad, semilla nueva que, convertida en árbol gigantesco, cubrirá el mundo, y a cuya sombra acudirán un sinnúmero de enfermos, pobres, atribulados, para encontrar en ella su alivio y salvación física y moral, su felicidad temporal y eterna.

Don Orione era la semilla de su Congregación, y sus sacerdotes y clérigos, las ramas de las cuales pendían tantos admirables frutos de amor cristiano, de sublime caridad.

VII

Tortona. Casa Madre

Viaje a Tortona.— La casa madre de la Congregación de la Divina Providencia.— Su Seminario.— El Santuario de Nuestra Señora de la Guardia.— Entre los clérigos de Don Orione.— Almuerzo ofrecido en su honor, á poco de llegar.— Mi partida para Génova.

Varios días duró mi permanencia en Roma, los que sirvieron a mi espíritu para avivar la fe al contacto con tantas realidades históricas, que sólo un ciego u obstinado pudiera recusar.

Todo ese conjunto de bellezas y finísimos documentos de la fe católica, se fijaron en mi alma indeleblemente, y declaro que sirvieron más tarde para reaccionar victoriosamente ante conceptos materialistas que se habían arraigado en mí.

En todo esto, siempre tuve presente a Don Orione, quien me puso al contacto de cuanto debía servir para transformar mi ideal en un futuro no lejano.

Con un sacerdote de la Congregación me trasladé a Tortona, ciudad natal de Don Orione. Lógicamente despertaba en mí un interés muy grande, máxime sabiendo que era ella la ciudad privilegiada, escogida por la Providencia para hacerla el centro de las actividades de tan grande Obra. Don Orione había fundado allí su primer colegio, y establecido la Casa Madre, o lo que es lo mismo, el primer vivero de la Congregación. Su gran seminario y el hermoso santuario levantado en honor de Nuestra Señora de la Guardia, daban a la Obra de Don Orione en Tortona, el sello indiscutible de una obra de grande empuje, de grande apostolado.

Tortona es ciudad hermosa, situada a poco más de dos horas de Génova, en dirección Noreste. Simpática por la característica especial de las tranquilas ciudades y pueblos italianos, cuyos habitantes se dedican, en su mayor parte, a las faenas agrícolas. Su calle principal, llamada Via Emilia, se distingue por sus grandes negocios y movimiento comercial. En ella levantó Don Orione su Casa Madre, y a corta distancia y en la misma Via Emilia, se yergue imponente el santuario de Nuestra Señora de la Guardia, edificado por el mismo Don Orione, con el auxilio de sus propios clérigos, cuya colaboración dió impulso grande a la obra, en momentos en que todo hacía temer su suspensión, por falta de recursos.

Llegado a Tortona, mi primer saludo fué para Don Orione. Inmediatamente hizo disponer una habitación particular en su casa para mi alojamiento. Sostuve con el bondadosísimo padre una larga conversación, recibiendo especiales consejos, y dióme la visión clara del camino que debía recorrer para progresar y hacerme una posición en la vida.

Preocupábase de mi familia, y recordaba con cariño familias amigas que había conocido y dejado en Buenos Aires.

El recuerdo de tantas cosas y tan diversas, relacionadas con su vida en Buenos Aires, a pesar de sus ocupaciones, tan múltiples y heterogéneas, me revelaban la feliz memoria de Don Orione. La nitidez en descubrir los detalles de fisonomía en personas por él vistas pocas veces, declaraban elocuentemente sus condiciones excepcionales.

En esta primera entrevista que tuve en su Casa Madre, me aconsejó iniciar ya algunas gestiones para hacer reconocer mis estudios en Italia. Me habló de la conveniencia de instalarme en Génova, por ser una ciudad de características propicias a mi formación y contar en ella con buenos amigos, que me podrían ayudar.

En efecto, más adelante Don Orione me presentaba al distinguido conde Ravano, gran comerciante de dicha ciudad, y no menos grande amigo suyo y benefactor.

Recibida la acostumbrada bendición de Don Orione, me dediqué a recorrer su seminario y luego la ciudad.

Al día siguiente, fuí llamado al cuarto que le servía de aposento y lugar de trabajo: Don Orione me extendió su mano con paternal ternura y me dió una regular cantidad de dinero, para que me sirviera de ella en mis necesidades. No era la primera vez que lo hacía.

—Cuídalo mucho, Daniel, —me dijo—; es el dinero de la Divina Providencia. Que sirva para tu bien, y cuando necesites más, yo soy tu padre, ven a mí, nunca te dejaré faltar nada.

Yo quedé confundido por tanto amor, abatido por sentirme indigno de ser por él tan privilegiado.

Una modesta habitación me sirvió de albergue durante los días que hube de quedar en Tortona, y esa sencillez servía a mi espíritu de verdadero estímulo y me embargaba en pensamientos espirituales que jamás podré olvidar.

Mi horario personal y mi independencia dentro de la casa me permitían visitar a cualquier hora del día las dependencias del seminario e imponerme de la vida íntima de los clérigos.

Me admiraba ver a tantos jóvenes llenos de amor y entusiasmo, dedicados a templar sus almas en la escuela de Don Orione. Todos aquellos seleccionados hijos eran las huestes de su futuro ejército. ¡Qué amor les tenía!

En las clases y estudios me acercaba a ellos y observaba cómo aprovechaban el tiempo admirablemente bien. El silencio absoluto, religioso, acompañaba siempre las ocupaciones. Por otra parte, los recreos y momentos libres también los ocupaban en la más franca y ruidosa expansión.

La misa de comunidad siempre la celebraba Don Orione, salvo raras excepciones.

Se confundía mi vida con su vida familiar, hasta llegar a creer que realmente eran mis hermanos.

Todas las atenciones y privilegios eran para mí; cuando estaba entre ellos. procuraban satisfacerme en cuanto creían pudiera yo necesitar.

Pocos días después de la llegada a Tortona, los sacerdotes, clérigos y amigos personales de Don Orione, organizaron un gran almuerzo en su honor. A dicho homenaje de cariño, concurrió lo más selecto de las amistades de Don Orione y de su novel Congregación.

Recuerdo, entre ellos, al Excmo. Obispo de su Congregación; al Rvmo. Padre Don Carlos Sterpi, actualmente sucesor de Don Orione; al Excmo. General Bó, del ejército Italiano; al Honorabilísimo Conde Ravano, y a muchas otras personalidades, admiradores de Don Orione y de su ya magna obra.

Los días pasaban y el deseo que tenía de comenzar ya a orientar mis actividades me hizo renunciar a Tortona, para trasladarme a Génova definitivamente.

VIII

Recorriendo sus casas en Italia

En Génova. — Ayuda moral y material que me presta Don Orione. — Visita al Paverano de Génova y al "Cottolengo" de Castagna. — Visita a la "Ciudad de la Caridad" en Turín, "Obra de San José Benito Cottolengo".

Llegado a Génova, fuí alojado en una casa que posee la Congregación en la calle Salita Degli Angeli. Allí me dejó Don Orione, en compañía de varios seminaristas, por ser ésa la Casa más cercana al centro de la ciudad.

Dicha *salita* o calle forma parte de la vieja Génova, que se caracteriza por su posición en la parte montañosa y por su población humilde. Está muy cerca del puerto y no muy distante del verdadero centro de la ciudad. A él se llega por la Via Pré, vieja calle genovesa, que adquiere carácter histórico, porque en ella habitaban los pretorianos.

Las características de la Salita Degli Angeli y la notable altura en que se halla la casa de su Congregación, justificaban las pocas visitas que le hacía Don Orione, afectado ya en su corazón.

Sin embargo, en cinco meses que yo permanecí en ella, Don Orione visitó en dos ocasiones ese hogar de caridad.

Enfermos, inválidos, ancianos y pequeños se hospedaban en ella. Un hermano de la Congregación atendía solícitamente los enfermos mayores, y varias hermanas de caridad cuidaban de las pequeñas criaturas y de los quehaceres domésticos.

Allí también residían varios clérigos, que cursaban sus estudios en un seminario vecino. Mi vida se desenvolvía tranqui-

la y llena de grandes ilusiones, al lado de quienes me animaban y confortaban de continuo.

A poco de hallarme en la casa de Salita Degli Angeli, Don Orione llegó de visita a Génova. Fuí presuroso a su encuentro, esperándolo en su gran casa que llaman de Paverano, por hallarse en la Via Paverano. Gran cantidad de personas ya estaban esperando para ser atendidos por Don Orione.

Mezclado entre la gente que aguardaba turno, muy pronto me distinguió Don Orione desde la puerta de su despacho. Inmediatamente me llamó, invitándome a pasar. Yo me excusé, diciéndole que muchas otras personas ocupaban puesto de privilegio antes que yo; que primero los atendiera a ellos. Don Orione me tomó de la mano y me introdujo, diciendo:

—Pasa tú, querido Daniel; primero los argentinos.

Estas palabras me supieron a gloria.

Nunca me hacía esperar, me dispensaba el honor de ser el primero en todo, y decía: ¡Tú eres argentino!

En ese día conversó largamente conmigo acerca de la necesidad de orientarme definitivamente, y pesando todos los pro y contra de la situación, me habló de las gestiones realizadas en mi favor ante su gran amigo y bienhechor el Excmo. Sr. Conde Ravano, y de las posibilidades de éxito. Me aconsejó visitarlo en su nombre y conversar personalmente con él de mi situación. Interesóse igualmente por todos los miembros de mi familia y envió en una carta un cordial saludo a mis padres.

Terminó invitándome a visitarlo en Tortona, para llevarme a conocer otra de sus casas. No permitió que me retirara sin antes poner en mis manos algún dinero. Como en otras oportunidades, me dijo:

—Cuídalo bien, que es el dinero de la Divina Providencia.

Profundamente conmovido por su paternal amabilidad y su extrema caridad, salí.

Inmediatamente inicié los trámites para realizar mis estudios en Italia y legalizarlos debidamente. Me apersoné al Conde Ravano, distinguidísimo noble italiano, cooperador insigne de Don Orione, que me recibió con suma atención, se interesó por mí y me prometió toda clase de ayuda, tanto en lo que se refería al reconocimiento de mis estudios, como también a la obtención de un trabajo que me permitiera independencia económica personal.

Así comenzó a orientarse mi vida en Italia, por influencia de Don Orione. Las gestiones que realizó el Conde Ravano, culminaron con mi inscripción condicional en el Politécnico Naval de Génova. Los largos trámites a que se ven sometidas tales gestiones, se redujeron para mí, por delicadezas y consideraciones extremadas de la administración del Gobierno Italiano, especialmente para con los extranjeros.

Una vez obtenida mi inscripción, animado por Don Orione, me sentí mayormente dispuesto a luchar por mi futuro.

Dos meses habían transcurrido desde mi inscripción en el Politécnico, cuando obtuve un empleo del Gobierno Italiano.

Aproveché tan grata nueva para visitar a Don Orione en Tortona e imponerlo del nuevo curso de mi vida.

¡Qué alegría experimentó el buen Padre al saber que ya estaba ocupado! No dejaba de agradecer a la Divina Providencia tamaño favor, y realmente que lo era, teniendo en cuenta las dificultades que tenían los mismos nativos para conseguir empleos públicos. Pasé unos días en su compañía. Ya el ambiente me resultaba familiar y un confortante estímulo para mi espíritu.

En una bella tarde, Don Orione se disponía a salir. Di con él en la puerta de la Casa Madre. Me saludó y me invitó a acompañarlo a Milán. Contentísimo por la coyuntura, acepté de inmediato, subí en su compañía a su coche y emprendimos viaje a Milán.

Durante el largo trayecto, Don Orione siguió demostrándome sus grandes, inexhaustas bondades. Despojábase por momentos de su venerable imponencia y gravedad de hombre hecho a problemas complicados, para convertirse en un espíritu jovial y adaptarse a la compañía.

Con gran cariño íbame explicando todo cuanto de interesante e histórico se presentaba a la vista, abundando en detalles que revelaban su gran cultura y sus vastísimos conocimientos sobre su tierra natal.

Al anochecer llegamos a Milán; era la primera oportunidad que se me presentaba de conocer la gran ciudad industrial italiana.

Pronto atravesamos el centro y dejamos atrás las luces y el movimiento febril de la moderna e histórica urbe.

Avistamos la gran casa de su Congregación, que entonces se hallaba en sus comienzos y en construcción. Hoy allí se levanta lo que podría llamarse con exactitud la "Ciudad de la Caridad", al igual que la obra levantada en Turín por el santo José Benito Cottolengo, en la cual se inspirara el venerable Don Orione.

Poco tiempo permanecimos en Milán, pues mi gran protector resolvió emprender viaje de regreso a Génova, pasando antes por Montebello, lugar pintoresco, que cuenta con otra gran casa para la formación de sus clérigos.

El arribo de Don Orione a cada casa tenía la virtud de llenar de alegría indescriptible el corazón de sus hijos, que en todas partes lo esperaban. El repartía sonrisas y palabras cariñosas a cada uno de sus sacerdotes y clérigos, con una amabilidad ilimitada. Observaba yo el rostro de quienes esperaban su palabra, y reflejaban ellos ansias, emoción, deseos de verse fortalecidos por la palabra de su padre. Y cuando les había hablado, en el acto quedaban satisfechos. Ya tenían en sus almas la inyección de aliento que necesitaban para seguir lu-

chando contra todas las adversidades que se presentan en la vida de los soldados de Cristo.

Una vez llegados a Génova, regresó Don Orione a Tortona y yo permanecí en mi residencia habitual. Antes de separarse, me recomendó que hiciera lo posible para visitar la ciudad de Turín, y estudiar de cerca la Obra de San José Benito Cottolengo y visitar también la Obra de Don Bosco.

Esta invitación despertó en mí un deseo irresistible de visitar la ciudad de Turín. Aproveché un descanso en mis ocupaciones y cerciorado previamente de que se hallaba en la casa madre de los Salesianos el Rvmo. Padre Jorge Serié, me trasladé a ella.

Turín es ciudad grandiosa, modernizada por el actual gobierno fascista. Llamó mi atención la hermosa Via Roma, adornada a ambos lados por esbeltas columnas de mármol, que sirven de base a soberbios artefactos eléctricos en forma de haces, con exquisito gusto estético.

Pronto me encontré en la casa madre de los Padres Salesianos, sita en Via Cottolengo.

Entré en esa santa casa que albergó entre sus muros al gran Santo, Don Bosco, y vió salir de sus puertas tantas y tan numerosas caravanas de misioneros, que, repartidos por las regiones más remotas del globo, llevaron, con la cruz, la Doctrina, la enseñanza de los oficios, de las ciencias y las artes, la verdadera educación. Allí también se había formado un joven santo, Don Orione.

Pregunté por el Rvmo. Padre Jorge Serié. Había conocido a tan distinguido y benemérito sacerdote en los años de mi infancia, presentado por mi buen padre. El era mi confesor y director espiritual.

Sus exquisitas dotes y bondad paternal, conquistaron mis simpatías, y llegaba con la seguridad de ser paternalmente recibido.

El Rvmo. Padre Jorge Serié ocupaba el alto cargo de miembro del capítulo Superior de la Congregación Salesiana, por lo cual consideré que no me sería permitido distraerle mucho tiempo. No fué así. Tan pronto como me vió, me abrazó con singular afecto y conversó conmigo por espacio de más de media hora.

Se interesó por mi familia y por mi situación, y luego me invitó a permanecer en la casa los días que yo quisiera. Inmediatamente me acompañó hasta la iglesia, para visitar el monumento de Don Bosco.

¡Cuál emoción experimenté al contemplar, guardado en una artística urna de vidrio, el cuerpo de Don Bosco Santo!

Ante él nos arrodillamos. El Rvmo. Padre Jorge Serié oró por espacio de algunos minutos; luego me dejó solo.

Esos instantes pasados junto al cuerpo yacente de San Juan Bosco, fijaron en mi espíritu recuerdos inolvidables, me elevaron a serias reflexiones, haciéndome palpar la felicidad de la vida eterna, ganada por una corta vida entregada al amor de Dios y salvación de las almas.

Orando y meditando, permanecí largo rato.

También ese consuelo espiritual se lo debía al querido Don Orione, y yo advertía que se despertaban en mí nuevas concepciones sobre la verdad de las vanidades humanas; nuevos deseos se anidaban en mi corazón.

Al día siguiente el Rvmo. Padre Serié me distinguió sobremanera, celebrando una misa en el mismo altar en que solía celebrar San Juan Bosco.

Dicho altar se halla en la actualidad en una de las habitaciones pertenecientes al Santo.

Confieso que aquella misa oída por mí solamente, fué la más emocionante de toda mi vida.

No podría describir la sensación que me produjo el hallarme en medio de tantas reliquias sagradas; aquel mismo día

escribí una carta a mis padres, desde aquel lugar, abriéndoles mi corazón, dejando que brotaran espontáneamente de él, todos los sentimientos de recogimiento y admiración que habían quedado impresos en mí. Visité, miré y medité en todos los rincones.

Desde aquel día, Don Bosco fué mi más grande amigo desde el cielo, como Don Orione lo era para mí sobre la tierra.

Jamás me abandonó en medio de las situaciones más turbulentas; por su intercesión obtuve la solución de difíciles problemas, y lo que es más, la verdadera resignación cristiana para sufrir, y el anhelo de seguir su ejemplo.

El Rvmo. Don Orione, discípulo de Don Bosco, varias veces me habló con entusiasmo de tan grande santo y consiguió que lo aceptara como el más grande amigo que tengo en el cielo.

Varios días me hospedé en la casa madre de los Salesianos, rodeado de mil atenciones.

Visité el célebre y grandioso "Cottolengo" de Turín, situado en la misma Vía Cottolengo, obra de San Benito Cottolengo, el "Padre de los pobres", quien levantó esa "Ciudad de la Caridad", obra maestra del genio de un apóstol. Diez mil almas se albergan en él, y son consolados en sus infortunios por la mano generosa de los discípulos del Cottolengo, viviendo día a día con las limosnas de los corazones caritativos, inspirados por la Divina Providencia.

Allí mismo, en la capilla, en la parte inferior del altar, descansan los santos despojos del santo.

En el interior de la magnífica residencia de los pobres, todo es exponente sublime de amor y de caridad.

Largo sería describir las innumerables dependencias, cada una de las cuales tiene asignado un rol, y lo cumplen con alto espíritu de caridad, sin interés alguno.

En la "Ciudad de la Caridad" todo es por caridad y todo para la caridad. "*Charitas Christi urget nos*".

Si Dios me dijera: "Quiero darte un hombre según tu corazón, como lo quisieras tú, para que te secunde", yo le contestaría: "Te agradezco, Dios mío; ya me lo has dado en Don Sterpi".

Don Orione

IX

Muerte de Don Orione

Don Orione se traslada a San Remo a reparar su salud. — Reiterados ataques cardíacos predicen el fatal desenlace. — Conciencia de Don Orione de su cercano fin. — Ultima carta, poco antes de morir, al Rvmo. Padre Zanocchi. — Don Orione expira en la paz del Señor, con diez y seis céntimos en el bolsillo, los zapatos rotos y una manta prestada, en tanto deja repartidos por el mundo centenares de miles de pesos, aprovechados en obras de caridad. —Apoteosis de las exequias de los venerados despojos mortales de Don Orione: a través de San Remo, Milán, Génova y Tortona. — Ultima morada de Don Orione: a los pies de su querida Virgen, en la cripta del santuario de Nuestra Señora de la Guardia en la ciudad de Tortona. — Primer sucesor de Don Orione: D. Carlos Sterpi.

El delicado estado de salud por el que atravesaba el Rvmo. Don Orione, a causa de su enfermedad cardíaca, la cual se agravaba intensamente, indujo a Don Orione, por prescripción médica, a trasladarse a San Remo, buscando allí el reparo de su mal en justo y merecido descanso.

Empero, la Divina Providencia quiso que bajo aquel tibio y reparador sol de la costa azul, símbolo de paz y dicha, fuera tendido el puente de transición entre el rudo e infatigable trabajo de toda su vida, y la paz y gloria eterna, a la cual poco tiempo le restaba por entrar.

Así parecían decírselo a Don Orione, los últimos ataques cardíacos, que, comenzando el 9 de febrero de 1940, sucedíanse unos tras otros con pocas horas de intervalo. A estos últimos ataques, Don Orione reaccionó, volviendo a celebrar la santa misa los días 15, 16, 17 y 18 del mes de febrero.

El estado al cual había llegado su mal, no lo ignoraba Don Orione; siempre había sido consciente de la gravedad de su enfermedad, y recuerdo que en muchas oportunidades, años atrás, al tomar unas píldoras de medicamento, me decía:

—Daniel, esto es mi vida. Tengo mi vida colgada de un hilo.

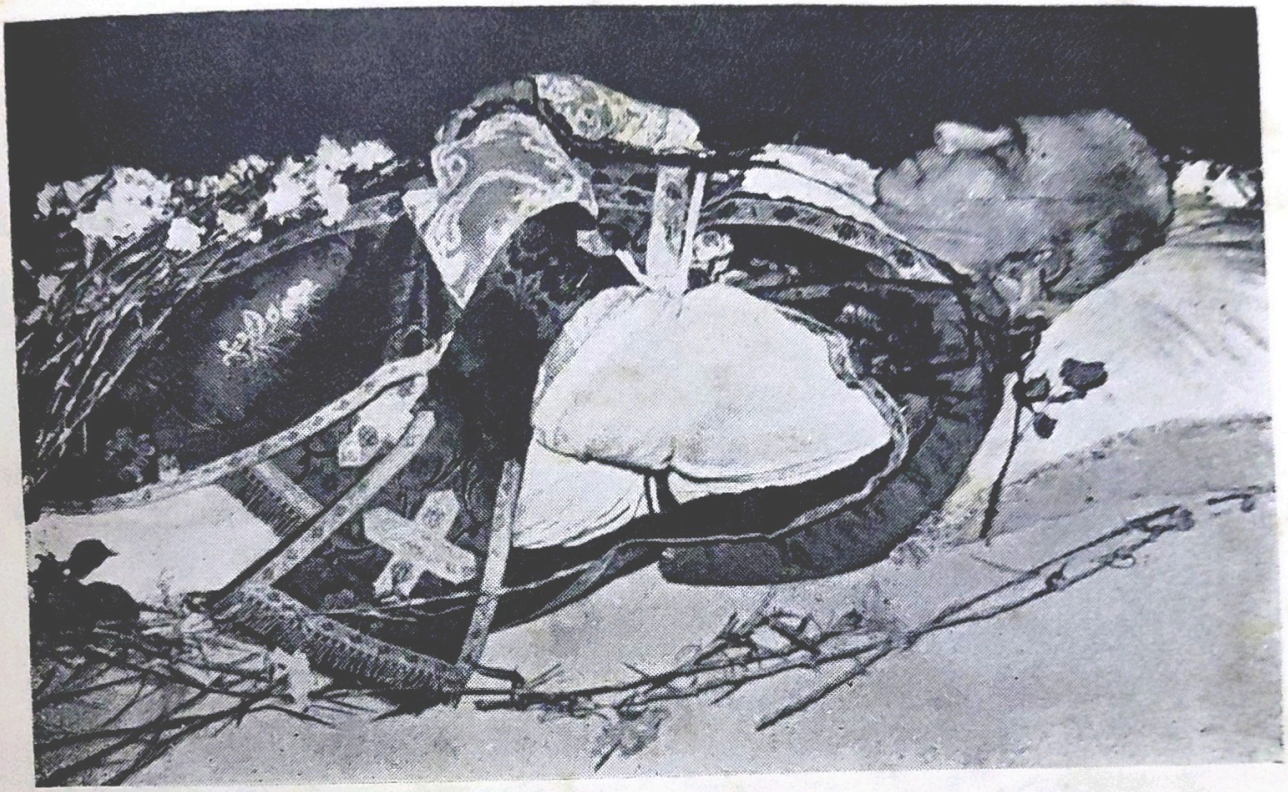
Pero últimamente, pocos días antes de su partida, sintióse frente a la eternidad. Y así fué como pidió recibir los últimos sacramentos de la Comunión y Extremaunción. Asegura también la certidumbre que tenía de su cercano fin, una de sus últimas cartas, escritas el día 15 de febrero a sus hijos de la Argentina, en la cual, en forma de preámbulo, decía, entre otras cosas:

"Cuanto os vaya a escribir, recibidlo como palabra de quien salió del sepulcro y siente hallarse cercanísimo a su fin..."

La leve reacción de su mal, no duró mucho tiempo; así lo dice otra carta que traía noticias poco alentadoras. El 18 de febrero tomó frío y le sobrevino una leve afección bronquial, pero con fiebre: "No se trata de cosa grave en sí; sin embargo, aquí estamos preocupados..."

Poco después llega otra nueva carta, por avión, de fecha 2 de marzo, escrita de puño y letra del propio Don Orione. Basta analizar las pocas palabras que se transcriben para convencerse que, tras las escasas y extinguidas fuerzas humanas de tan preclaro sacerdote, se hallaba la mano de la Providencia infundiéndole vida a su inquebrantable voluntad. Así dice Don Orione.

"A este punto me siento marear, no puedo continuar escribiendo; escribirá otro, paciencia". Y luego sigue dictando, sin dejar traslucir otra preocupación que los intereses de la Congregación. Al final de la misma carta, vuelve a escribir él personalmente, concluyendo: "Rogad por mí y por todos los nuestros. Saludo, conforto y bendigo a vosotros todos. Afectísimo vuestro en Jesucristo y María Santísima. — Don Orione, O. D. P."



Los venerados despojos mortales
de DON LUIS ORIONE

Fundador de la Pequeña Obra de la Divina Providencia
y del "Pequeño Cottolengo Argentino"

TORTONA (Alessandria)

n. Pontecurone 23 - VI - 1872 *m. San Remo 12 - III - 1940*

Cuando las últimas palabras de dicha carta se imprimían en los ojos de sus queridos hijos, llega un telegrama anunciando en forma breve lo que significaba la más dolorosa noticia para todos: "DON ORIONE HA MUERTO".

La increíble noticia de la desaparición del "gran soldado de la caridad", cruzó los aires, los océanos y las naciones de todas partes del mundo, con la velocidad de la luz. En todos los rincones donde había pasado la obra del gran amigo de los pobres, se repetía entre sollozos la misma frase: "Ha muerto Don Orione". Allá, en los tronos imperiales; allá, en las fastuosas residencias de los multimillonarios, en los palacios de los príncipes y gobernantes, como en el rincón del hogar humilde y del enfermo asilado, se oía el mismo lamento: "Ha muerto Don Orione".

En ese mismo instante comenzó la inmortalidad de su obra. Obra que, según sus palabras, no había sido él quien la fundara: "Yo no he fundado nada... La única fundadora de nuestra Congregación es la Virgen Sma. Y cuando yo no estuviere más, las cosas irán mejor"; así acostumbraba repetir.

La frase pronunciada por el Emmo. Cardenal Copello, directo representante de Dios en esta Arquidiócesis de Buenos Aires, al tener conocimiento de la dolorosa pérdida, llena de confianza el corazón de sus hijos:

"La Obra es de Dios, y Dios la llevará adelante. Suscitó un Santo para fundarla, ahora suscitará otro para gobernarla", dijo.

Y ¿cómo murió Don Orione?

Pocos días antes de su muerte, llega a visitarlo a San Remo, un sacerdote procedente de Roma. Lo reciben los Hermanos y le hacen saber que había de esperar un poco. Al rato aparece Don Orione contento y le dice al visitante:

—Perdóneme si lo hice esperar. Me tuve que poner en cama para que me cosieran un poco la sotana.

Así recibió la muerte, pobre, muy pobre, con unos contados céntimos en su bolsillo, con los zapatos rotos y con un sobretodo prestado. Así quiso partir de la tierra para entrar en el Cielo. Los miles de pesos que pasaron por sus manos fueron para el consuelo y amparo de los pobres, y así quiso partir de este mundo, dejando todo a sus hijos.

La humildad y la caridad fué el tesoro que se llevó a los Cielos, y dejó en la tierra el tesoro de su obra, "Pequeña", por su nombre, pero tan grande en las cifras, que entre hospitales, casas de asilo, conventos, orfanatos, ermitaños, misioneros, colegios, colonias agrícolas, su patrimonio se valúa en cerca de un millar, y esto es todavía más extraordinario: un millar de obras de bien, esparcidas por todos los continentes, que no rinden nada y cuestan ciento nueve millones al año.

La humildad de Don Orione hizo que, en vida, quienes lo conocieron, la respetaran; sabiendo que hubiera significado un dolor muy grande para él, herirla ya sea con demostraciones pomposas, como con frases floreadas de alabanzas. Mas al cerrar sus ojos a esta vida y abrirlos a la eternidad, nacieron al unísono alabanzas y glorias de todos los ámbitos del mundo, donde pasara en una u otra forma el "soldado de la caridad".

Así, pues, nadie pensó que un testimonio de amor y gratitud pudiera ofender los venerados despojos de Don Orione, y he aquí que todos sus hijos lo esperan en Tortona, sus alumnos, sus clérigos, sus ciegos; lo espera la población de las once casas de misericordia que él ha fundado en Tortona. El pueblo lo espera enlutado, y refresca las flores, para arrojarlas al paso como ofrenda de gratitud.

Pero no sólo lo espera Tortona; también lo espera Génova, donde sus restos son recibidos en la estación por inmensa muchedumbre, que ha alfombrado de flores el camino por don-

de pasarán los restos mortales en dirección a la catedral de San Lorenzo. Allí, el Cardenal de Génova, Su Emcia. Pietro Boetto, celebra un solemne funeral, con la presencia de los restos mortales de Don Orione, y al cual asisten las más altas autoridades locales.

Lo espera también la capital lombarda, Milán, la cual reclama con delirio ver pasar por sus calles, por última vez, los restos del excelso benefactor de su ciudad. Y de allí regresan sus venerandos despojos a la ciudad de Tortona, ciudad que lo vió nacer y que fué testigo de los admirables trabajos de la Divina Providencia en el alma de su siervo predilecto.

Viéronlo sus calles, clérigo, joven de 17 años, abrir la primera casa para niños y pobres; viéronlo sacerdote, cumpliendo con fervor su sagrado ministerio; viéronlo también genial conquistador, buscando almas para Dios, y viéronlo con su indómita voluntad férrea, cruzar sus calles, sencillo como un niño y humilde como la tierra, llevar la caridad al necesitado y levantar obras para bien de las necesidades materiales y morales de su ciudad. Así lo vieron en vida los tortoneses, y ahora lo ven pasar afligidos y desconsolados, al volver a la triste realidad y percatarse que su Padre querido se ha ido.

La muchedumbre desborda las calles de la ciudad de Tortona y los fieles se disputan el besar la urna que guarda sus restos. Y así siguen, tras su padre amoroso, implorando gracias y bendiciones, acompañándolo hasta el hermoso santuario de Nuestra Señora de la Guardia. Allí, al pie de su Virgen querida, en la cripta, depositan sus restos; y llegan salpicados por las lágrimas de todos sus hijos y amigos. Justo, muy justo debía ser el lugar de su descanso.

A su Virgen querida había confiado la fundación de su Obra, y al pie de la Virgen fué a descansar.

DON CARLOS STERPI

Primer sucesor de Don Luis Orione

X

Primer Sucesor de Don Orione: Don Carlos Sterpi

La desaparición del venerado Don Orione, Padre de la Congregación de la O. D. P., dejó un inmenso vacío en el seno de la misma. Los corazones de todos sus hijos dirigiéronse al Cielo, buscando en la Divina Providencia quien lo sustituyera en la dirección de esa inmensa obra de bien que no cuenta con registros, que nunca tuvo balances y que ha mantenido y mantiene día por día en todo el mundo quince mil refugiados humanos, diez mil enfermos de todas clases de enfermedades, diez mil escolares y diez mil niños asilados.

El milagro que la Divina Providencia realizaba diariamente, por intermedio de la mano directora de su siervo Don Orione, debía legarse a otra alma de inmensa virtud.

El escogido fué el dignísimo colaborador de Don Orione: D. Carlos Sterpi, la Madre de la Congregación, como cariñosamente lo llaman sus hijos. Fué siempre la mano derecha de Don Orione, su colaborador más cercano. Fué el primer compañero de Don Orione, cuando con sesenta liras fundaron la primera Casa de Misericordia en Tortona, y al segundo día tuvieron que comprar el pan a crédito, para aquellos veinte pobres escuálidos que habían recogido.

Aquel día fueron veinte las bocas que comieron de la gracia de la Divina Providencia, dispensada por la mano generosa

de Don Orione; y hoy son miles los que deben comer día por día; y todos sus hijos confían que Don Orione, desde el Cielo, verá las necesidades, como las veía en la tierra, y obtendrá de la Divina Providencia todos los recursos capaces de aliviar las necesidades de los que se cobijan bajo el manto de la "OBRA DE LA DIVINA PROVIDENCIA".

Epílogo

Hoy, 11 de febrero de 1941, termino de escribir el último capítulo de esta modesta obra, relacionada con la actuación de Don Orione en vida por mí conocida.

Por feliz coincidencia, es el día de la primera aparición de la Virgen de Lourdes en la gruta de Massabielle (Francia).

Sea, pues, la Virgen Inmaculada, por quien desde mi infancia tuve particular devoción, quien proteja y fructifique la intención de mi trabajo.

Ella, dispensadora de toda gracia, hará que estas páginas se propaguen y lleven a las almas la convicción de que la caridad es el máximo y primer mandamiento; es el todo de la ley que Jesús, Divino Redentor, nos trajo a la tierra; que el amor que tenemos al prójimo es la medida de nuestro amor a Dios.

Que los corazones de mis lectores se conmuevan por los dolores de los demás, y lleven, en la medida de lo posible, consuelo y alegría a quienes lo han menester.

Termino este libro con la esperanza que la relación de los hechos consignados y relacionados a la vida del venerado Don Orione, sirvan única y exclusivamente a la mayor gloria de Dios y bien de los pobres y enfermos.

Que Dios y la Virgen Santísima bendigan esta obra. También la pongo en manos de mi insigne bienhechor y gran Padre Don Orione, cuya causa de canonización se iniciará en breve.

El Autor

Casas de la "Pequeña Obra"

TORTONA.

Casa Madre de la Pequeña Obra de la Divina Providencia, con *Seminario* para Clérigos estudiantes del Liceo y Teología (residencia ordinaria de Don Orione). — *Librería y Tipografía San José.* — *Parroquia de San Miguel.* — *Dos Oratorios* festivos para varones. — *Cura espiritual de las Cárceles.* — *Colegio "Dante Alighieri"*, con Instituto Técnico Autorizado: Clases elementales, R. Gimnasio, R. Liceo, Escuelas de Preparación Profesional.

EN EL SUBURBIO SAN BERNARDINO:

Santuario Votivo a la Virgen de la Guardia. — Probandado para aspirantes (Gimnasio). — Casa de reposo para ancianas. — *Casa Madre* de las "Pequeñas Hermanas misioneras de la Caridad". — Asilo infantil. — Oratorio Festivo femenino. — Escuela Profesional para niñas.

EN EL SUBURBIO GROPPO:

Instituto de las Hermanas Sacramentinas Ciegas.

SOBRE EL CASTILLO:

Villa Charitas, para los pequeñitos abandonados.

MAS ALLA DE LA ESTACION FERROVIARIA (Vía Castelnuovo):

Colonia Agrícola San Inocencio, con escuela práctica de agricultura.

ALEJANDRIA.

Instituto de Artesanitos (Artigianelli), para huérfanos y niños pobres. — Parroquia de San Roque.

AMENO (Novara).

Hospicio San Antonio de Padua, para ancianos.

ANZIO.

Instituto del Sagrado Corazón, para niños necesitados.

BORGONOVO - VAL TIDONE (Placencia).

Instituto Víctor Manuel III, "San Víctor". — Huérfanos y niños pobres. — Escuela Tipográfica. — Banda de Música.

BRA (Cúneo).

Seminario Noviciado e Instituto Filosófico "Santo Tomás de Aquino", en Villa Moffa.

BRIGNANO FRASCATI.

Asilo y Laboratorio.

CAMPOCROCE DI MIRANO (Venecia).

Instituto para huérfanos y Casa Agrícola "Conte Marco Soranzo".

CASTELLAR PONZANO (Alejandría).

Asilo y Taller.

CASTELNUOVO (Alejandría).

Orfanato "Amalia y Ernesto Bada".

CORVINO SAN QUIRICO (Pavía).

Templo a la Virgen de Caravaggio. — Asilo y Taller.

CUNEO.

Colonia Agrícola San Antonio, para los huérfanos y abandonados. — Escuela de Agricultura y Tambería para el pueblo.

FANO (Pésaro).

Orfanato y Obras Sociales, Vía 4 de Noviembre. — Santuario de San Juan Bosco.

GENOVA.

"Pequeño Cottolengo Genovés". — Casa Central: Vía Bartolomeo Bosco, 2 b., en la periferia de la ciudad: Salita Angeli, 69. — Quezzi, Vía Palazzo, 15. — Quarto dei Mille, Castagna, Vía Cottolengo. — Paverano, Corso Sardegna. — San Marcellino, junto al puerto. — Génova Borzoli, Instituto Patronato San José. — Villa Santa Catalina, para señoras de la aristocracia venidas a menos. — Volpara, obra de asistencia para los expulsados.

GROTTAFERRATA (Roma).

Parroquia de San José.

MAGRETA (Módena).

Instituto del Sufragio, para los niños huérfanos y abandonados. Colonia y Escuela de Agricultura.

MESTRE (Venecia).

Instituto Berna, para los huérfanos de los Caídos: Escuelas Elementales, Cursos Complementarios y Profesionales, particularmente de Mecánica.

MOLINO ALZANO (Alejandría).

Asilo y Taller.

MONTALE CELLI (Alejandría).

Asilo y Taller.

MONTEBELLO DELLA BATTAGLIA - Pavía.

Instituto "Gaspar Goggi", pro Misiones en el extranjero.

MONTE SORATTE.

Santuario de Nuestra Señora de las Gracias y Eremo.

NOVI LIGURE.

Colegio San Jorge, Escuelas Elementales. Instituto Técnico y para Maestros, oficializado. Cursos complementarios. Cursos "Doposcuola". Asistencia religiosa al campo de Aviación.

ORTONOVO (Espezia).

Santuario de Nuestra Señora del Mirteto. Asilo y Taller.

PIETRA LAVEZZARA (Génova).

Casa Agrícola.

PONTECURONE (Alejandría).

Casa de Descanso "San José".

REGIO CALABRIA.

"Santuario y Obra Antoniana de la Calabria", para huérfanos y abandonados. Escuelas Profesionales. Instituto San Próspero, con Escuelas. San Francisco ai Tre Mulini. Asilo Infantil. Oratorio Festivo. Escuelas Profesionales. Cocinas Económicas.

ROCCHETTA LIGURE (Alejandría).

Asilo y Taller.

ROMA.

Instituto del Divino Salvador, para los clérigos universitarios, Vía Sette Sale, 22. — Parroquia de Todos los Santos, Vía Apia Nueva, 244. — Instituto San Felipe Neri, Vía Apia Nueva, 254. — Colonia Agrícola con escuelas, en el Monte Mario, Vicolo Massimi, 5a.

SAN REMO.

Colegio San Rómulo, para estudiantes externos. — Villa "Santa Clotilde", Pensionado.

SAN SEBASTIAN CURONE (Alejandría).

Pequeño Cottolengo, Cura hospitalaria. Asilo, Recreatorio femenino.

SAN SEVERINO MARCHE.

Instituto para "Artigianelli" en el Castillo, para huérfanos, RR. Escuelas de Preparación Profesional.

SAN ALBERTO DI BUTRO (Varzi - Pavía).

Ermitas para Hermanos ciegos y con vista.

SANT'ORESTE (Viterbo).

Instituto para los hijos del pueblo.

SAREZZANO (Alejandría).

Asilo y Taller.

TORRIGLIA (Génova).

Pequeño Cottolengo.

VARALLO SESIA.

Pensionado. Villa Eremo "San Luis".

VENECIA.

Instituto San Gerónimo Emiliano. Artesanado para los hijos del pueblo. Escuelas y Talleres de Obreros Mecánicos, Carpinteros, Ebanistas, Tallistas, Zapateros, Tipógrafos, Linotipistas, Encuadernadores de libros.

— Tipografía Emiliana Editora.

— Orfanato "Cardenal Patriarca La Fontaine", en el Lido para niños huérfanos y abandonados.

— Institutos de Varones Manin y Orfanato. Escuelas Profesionales (Obras de la E. C. A.).

VILLAROMAGNANO (Alejandría).

Asilo y Taller.

VHO (Alejandría).

Asilo y Taller.

VOGHERA.

Seminario de San Antonio para las Misiones al Extranjero.

PALESTINA

MONTE DE LAS BEATITUDES.

Hospicio y Colonia Agrícola.

RODAS

ACANDIA.

Hospicio de los Caballeros. Iglesia. Orfanato y Escuelas.

CASA DE LOS PINOS.

Colonia Agrícola.

INGLATERRA

SUD DE GALES.

Asistencia religiosa y moral a los emigrados y escuelas. Residencia: MERTHYR (Sud de Gales), St. Mary's Presbytery. — Otros centros de actividad: Cardiff, Swansea, Bristol, Port Talbot, Clydach, Newport, Merthyr, Treforest.

ALBANIA

SHIJAK.

Misión confiada por la "Propaganda Fide" y asistencia religiosa a los obreros italianos.

POLONIA

WARZAWA.

ZAKLAD Sw. Antoniego. Ul. Barska 4. Kolonia Rolnicza. Lazniewo.

IZBICA KUJ.

Kolonia Rolnicza M. D. B. O. Wies Zagrodnica.

WLOCLAWEK.

Parafja Serca Jezusowego. — Ul. Lesnal. Polskie Male Kottolengo.

ZDUNSKA WOLA.

Don Misyjny.

KALISZ.

Internat. Ul. Kosciuski, 24.

REP. ARGENTINA

BUENOS AIRES.

Pequeño Cottolengo Argentino. Dirección: Calle Carlos Pellegrini, 1441.

Parroquia de Ntra. Señora de la Divina Providencia. Oratorio y "Post Escuela".

Obras de asistencia social.

Centros Culturales Argentinos. Calle Victoria 2084.

Casa de La Floresta. Calle G. Eugenio Garzón, 3075: Misioneras de la Caridad. Asilo Infantil y Taller de costura.

CLAYPOLE.

Pequeño Cottolengo Argentino. Casa Principal, con 15 pabellones. Santuario de San José B. Cottolengo (primera iglesia levantada en el mundo en honor del Santo). Noviciado y Colegio Apostólico.

VICTORIA, F. C. C. A.

Parroquia de Ntra. Sra. de la Guardia y Colegio San José. Orfanato. Tipografía. Obras de asistencia social.

MAR DEL PLATA.

Instituto y Parroquia de la Sagrada Familia, con Obras de asistencia social y religiosa para los pescadores y sus hijos. Iglesia y Colegio San José, con Oratorio Festivo y Escuelas Primarias.

CHACO.

Sáenz Peña. Parroquia y Misiones.

ITATI.

Santuario Nacional de Ntra. Señora de Itatí. Parroquia y Escuelas.

LANUS.

Escuelas gratuitas para los hijos del pueblo y asistencia religiosa.

ROSARIO DE SANTA FE.

Parroquia de San Juan E. Escuelas gratuitas y Oratorio.

SAN FERNANDO.

Colegio San Martín. Oratorio festivo. Capellanía del Hospital.

TIGRE.

Iglesia de Ntra. Señora de Luján. Obras catequísticas y Oratorio festivo.

TRES ALGARROBOS.

Parroquia de San José. Colegio de San José para varones. Colegio de niñas Santa Catalina de Siena, de las Misioneras de la Caridad.

AVELLANEDA.

Pequeño Cottolengo Argentino. Filial de Claypole: Calle Manuel Estévez, 620.

NOTA: La Escuela de la Sagrada Familia, de Mar del Plata; el "Post-Escuela", de Cachí 724, y las Escuelas de Lanús, son de propiedad y son sostenidas por el Consejo General de la Sociedad Conferencias de Señoras de San Vicente de Paúl de la República Argentina.

BRASIL

RIO DE JANEIRO.

Instituto de Artes y Oficios, para niños pobres y abandonados. Rua Lopes Quintas, 86, Gavea.

Santuario de Ntra. Señora de Fatima.

SAN PABLO.

Parroquia del Acheropita. Obras de Asistencia social y religiosa. Rua Dr. Luis Barreto, 91.

NICTHEROY.

Parroquia de San Francisco y Casa de formación religiosa para los brasileños.

REP. DEL URUGUAY

MONTEVIDEO.

Colegio San José y Patronato para Obreros, con Escuelas diurnas y nocturnas. Calle Porongos, 2262.

Orfanato Femenino, Misioneras de la Caridad.

Parroquia de San Carlos. Escuelas. Calle Huidobro, 1356.

LA FLORESTA.

Santuario de Ntra. Señora de las Flores y Eremo. Colonia Agrícola Divina Providencia. Escuelas y Hospicio de las Misioneras de la Caridad.

Eremitaños - 29, 30, 33, 73

Conjuntos - 61-72

OBRA DE LA DIVINA PROVIDENCIA
INSTITUTO
TUPASI
SAN MIGUEL
BON ORIONE

Indice

Al lector 9

A ti, Don Orione 11

Síntesis biográfica 15

I — Don Orione y la caridad..... 17

II — Cómo conocí al Rvmo. Don Orione 21

III — Nuevas pruebas de la caridad de Don Orione . 41

IV — Vísperas del viaje de Don Orione a Italia 47

V — Regreso de Don Orione a Italia..... 59

VI — Arribo a Nápoles..... 81

VII — Tortona. Casa madre..... 87

VIII — Recorriendo sus casas en Italia 91

IX — Muerte de Don Orione..... 99

X — Primer Sucesor de Don Orione, Don Carlos Sterpi 105

Epílogo 107

EL SOLDADO DE LA CARIDAD

Se acabó de imprimir

en las

Escuelas Gráficas del Colegio Pío IX

Adolfo Berro 4050 - Buenos Aires

a los XXX días

de Octubre de MCMXLI

PRECIO: $ 2.